

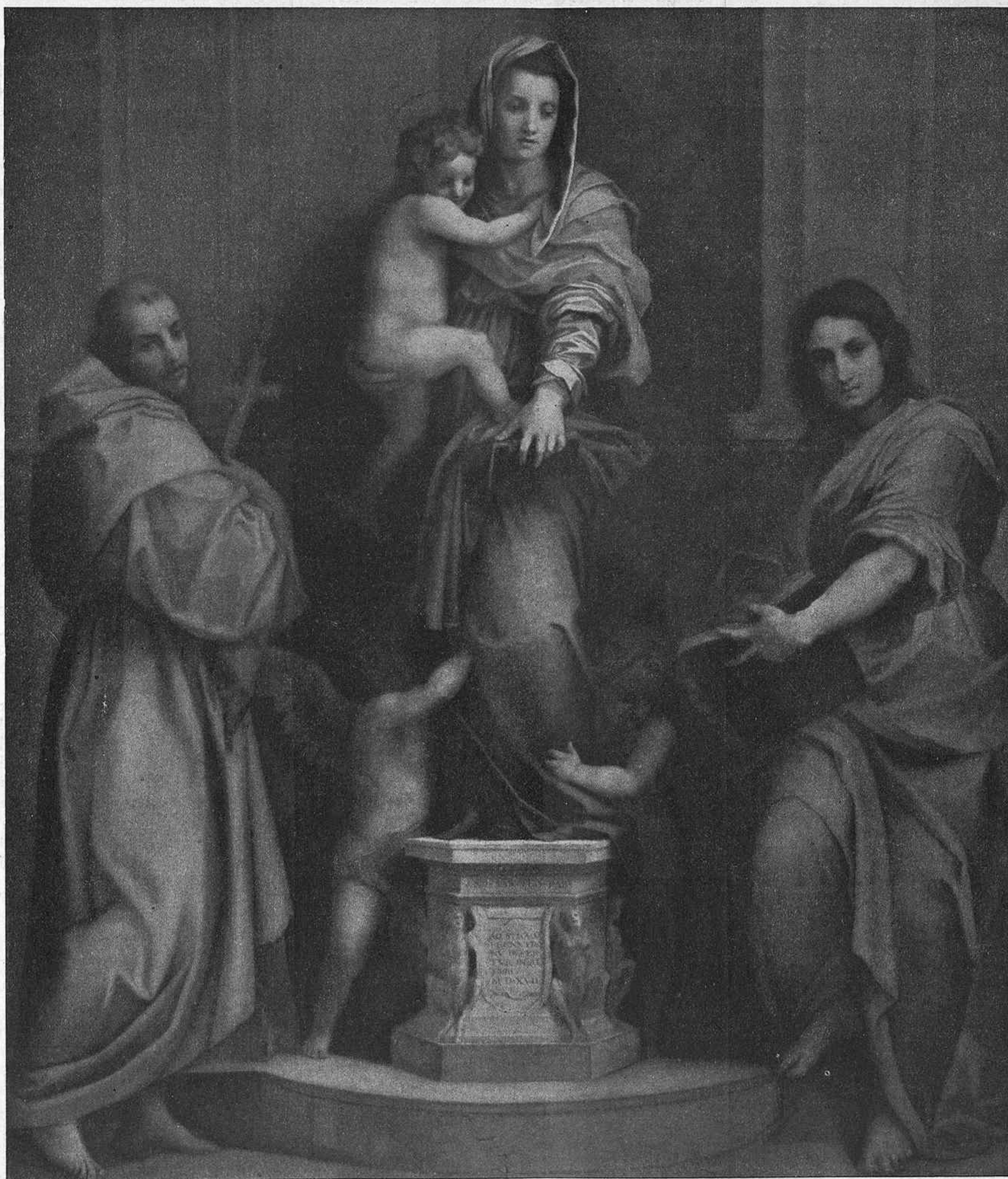
La Ilustración Artística

Año XXV

← BARCELONA 5 DE NOVIEMBRE DE 1906 →

Núm. 1.297

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA VIRGEN, SAN FRANCISCO Y SAN JUAN EVANGELISTA,
cuadro de Andrea del Sarto que se conserva en la Galería de los Uffizi, de Florencia.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el cuarto tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, titulado

POETAS FRANCESES DEL SIGLO XIX,

selecta y completísima antología ordenada por don Teodoro Llorente, y por este esclarecido vate fidelísimamente vertida al castellano en sonoros versos y cadenciosas estrofas. Lamartine, Hugo, Sully-Prudhomme, Musset, Gauthier, Vigny, Baudelaire, Leconte de Lisle, y otros cuarenta poetas eminentes del Parnaso francés del siglo pasado, tienen su adecuado lugar en este libro, hecho con un cariño y con un atildamiento de forma nada comunes en esta clase de obras, pero que son la característica del ilustre literato valenciano ya mentado. Contribuyen á realzar esta edición primorosas orlas alegóricas, debidas al lápiz de Nicanor Vázquez.



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La vida que se aleja*, por Rafael Ruiz López. — *La Virgen, San Francisco y San Juan Evangelista*, cuadro de Andrea del Sarto. — *La situación en Cuba*, por Adrián del Valle. — *El tifón de Hong-Kong*. — *Reus. Concurso de fotografías*. — *Problema de ajedrez*. — *La fuerza del pasado*, novela ilustrada (conclusión). — *El uso de los ciclos en los cuerpos de bombros*. — *El nuevo globo dirigible «Ville de París»*.

Grabados.—*La Virgen, San Francisco y San Juan Evangelista*, cuadro de Andrea del Sarto. — Dibujo de Julio Borell que ilustra el artículo *La vida que se aleja*. — *Estudio*, de J. Walter West. — *Habana. El acorazado norteamericano «Virginia» pasando por delante del Morro*. — *El público delante del Palacio del Congreso el día de la dimisión del presidente de la República Sr. Estrada Palma*. — *Los comisionados Mr. Taft y Mr. Bacon en la Habana*. — *Desfile de la Guardia rural por delante del Palacio del Congreso de la Habana*. — *Hong-Kong. Efectos del tifón de 18 de septiembre último*. — *Un combate de gladiadores reconstituido por atletas modernos*. — *Subiaco (Italia). Alrededores del Sacro Speco*, cuadro de Enrique Serra. — Concurso de fotografías recientemente celebrado en la ciudad de Reus. — *Vista del ferrocarril funicular de Sarriá á Vallvidrera (Barcelona)*. — *Cuadrículo para bomberos inventado por Mr. Merryweather*. — *El nuevo aerostato dirigible «Ville de París» de M. Enrique Deutsch*. — Retratos de algunas víctimas de la catástrofe del submarino francés «Lutin».

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El anuncio, en la prensa, de haberse presentado algunos casos de lepra en una aldea del país gallego, ha sido suficiente para infundir alarma y dar al suceso las proporciones de calamidad nacional. Como si no supiésemos de toda la vida que la lepra (en reducida proporción, es cierto) persiste endémica en muchos puntos del litoral, y no sólo del Cantábrico, sino del Mediterráneo. En Valencia he tenido ocasión de ver mendigos leprosos; y en el famoso balneario de la Toja constantemente hay alguno, sea ó no mendigo, que anda en medio de los demás bañistas, y naturalmente se baña en las pilas donde se bañan todos, sin que nadie se asuste excesivamente, y sin que se dé cuenta tampoco nadie de que siendo la lepra un mal incurable (en el estado actual de la ciencia) y contagioso y espantoso, no tiene finalidad recibir á los leprosos en los balnearios.

* *

He dicho «en el estado actual de la ciencia» porque, á tientas y luchando con las fatalidades de la naturaleza y las imperfecciones realmente infinitas de nuestra pobre máquina, los científicos persiguen el ideal de la curación de esas enfermedades cuyo solo nombre estremece: cáncer, hidrofobia, lepra, tuberculosis. ¿Conseguirán algo? Aunque hasta el día los resultados sean mínimos, en comparación con el fin que se persigue, no son nulos, y cabe suponer que se ha encontrado el hilo tras del cual vendrá la madeja entera. Lo más seguro, el método ya puesto en práctica con bastante fortuna, es el del virus antirrábico

que se inocula á la gente mordida por perros ó lobos rabiosos. No es infalible, por desgracia, el procedimiento; de los enfiados á Institutos antirrábicos, no todos sanan; esa aficción conserva su misterio, su rebeldía, su caprichoso fatalismo; pero el número de curaciones es suficiente para que nos postremos ante la ciencia que obra prodigios, y ante la paciencia, que prepara los caminos de la ciencia. Respecto al cáncer, parece que van hacia la solución los ilustres médicos dedicados á buscarla: incesantemente hablan las Revistas especiales y luego los diarios de tentativas más ó menos afortunadas, entre las cuales, por ahora, se destacan la de las aplicaciones del *radium* y la de los rayos X. ¿Será verdad que un día la humanidad quede libre de tan horrenda aficción? Porque el sufrimiento del cáncer es una de las formas más crueles de la degradación física, que precede al no ser. Objeto de repulsión el canceroso, ve un día y otro día cómo le roe los tejidos el mal, y su esperanza única—mientras no se descubra el anunciado remedio—estriba en el frío brillo del bisturí... Esperanza más dolorosa tal vez que el propio padecimiento; esperanza que eriza el pelo de terror. Venga enhorabuena el fin de nuestra jornada, pero venga sin suplicios lentos. Redímanos la ciencia médica de esas antecelas del sepulcro, como redimió la ciencia penal á los criminales del tormento y del calabozo obscuro y sin aire. Si se obtiene la curación del cáncer, no hay estatua de oro—como diz que se la erigieron los griegos á Esculapio—que baste para conmemorar al autor de tal beneficio.

* *

En cuanto á la tuberculosis, es indudable que habiendo desaparecido, merced á la higiene y la desinfección, las grandes pestes que se propagaron en la Edad Media, la bubónica y el cólera morbo, actualmente el azote de la humanidad es la tuberculosis. No advertimos sus estragos, por lo mismo que no tenemos la sensación del aire que nos rodea, por lo mismo que las cosas demasiado familiares llegan á no impresionar nuestros sentidos; y además, de la tuberculosis nos creemos libres muchos que hemos pasado de la edad peligrosa, ó no tenemos antecedentes de familia que nos alarmen, ó fiamos en los efectos preventivos de la nutrición para que ese enemigo no entre en nuestra casa. No asusta la endemia como asusta la epidemia. Y sin embargo—los médicos no cesan de repetirlo en todos los tonos, en divulgarlo por todos los conductos que pueden—la tuberculosis hace más víctimas que epidemia alguna; siega el trigo que aún no maduró, se lleva á la gente joven, abona con carne fresca las ortigas de los cementerios... La generación que la tuberculosis arrebató es la que había de florecer en el trabajo, en el arte, en las mil empresas reservadas á la juventud. Y no es lo peor que la arrebató, sino que no la arrebató antes de la edad en que el hombre es apto para reproducir su especie. Los tuberculosos jóvenes dejan preparada otra cosecha de tuberculosos. Sobre si es hereditario el mal, hay discusiones acaloradas y opiniones contradictorias; pero yo, sin suficiencia alguna, desde mi puesto de observadora, declaro que todo es hereditario en este mundo, y cometen el mayor de los errores las escuelas económicas que pretenden suprimir la herencia, ley ineludible del género humano. Si alguna vez esta ley parece desmentirse, es que se confirma: el ser á quien no se transmitieron los rasgos y caracteres de su padre, reproducirá los maternos, ó los ancestrales, y esto es seguro, aunque no podamos comprobarlo siempre.

* *

Las dinastías reales, en este particular, nos presentan un campo de observación admirable. La historia conserva los hechos, el arte inmortaliza los rostros de las familias reales, y en la que mejor conocemos, la de Borbón, llega á ser maravillosa la persistencia, al través de generaciones y generaciones, del tipo, ó por mejor decir, de los varios tipos predominantes. El retrato del Cardenal Infante, obra de Goya, que este año ha venido á enriquecer el Museo del Prado en Madrid, sorprende por la semejanza con el rey Alfonso XIII. No menos se le parecen algunos retratos de Austrias, por Velázquez, de los Felipes y de Carlos II. Otro cardenal, en la sala capitular de la catedral de Toledo, diríase que es hermano del rey y á la vez de su tía, la infanta Eulalia.

* *

A pesar de que he escrito una novela sobre el debatido y curiosísimo asunto Naundorff, no me atrevo á lanzar la afirmación explícita de que este relojero

fuese el propio Luis XVII, evadido de la prisión del Temple y renegado por su familia que le proscibió y le dejó morir expatriado y pobre; pero un argumento, tal vez el más impresionante, si no el más poderoso, en favor de la causa naundorffista, es la continuidad del tipo borbónico, no sólo en él, sino en sus hijos y nietos. Tan marcada fué, que sus propios adversarios, no pudiendo negar este hecho que saltaba á la vista, le acusaron de «explotar una fortuita semejanza.» Entre la proge de Naundorff existen todos los tipos principales de la prosapia de Borbón y de los Austrias con ellos enlazados: la hija mayor de Naundorff, Amelia, reproduce el semblante y el escote y garganta de María Antonieta; otra hija—no recuerdo ahora su nombre—se asemeja á Luis XIV de un modo singular. Puede ser casualidad; es para mí evidente que los ejemplares fisonómicos humanos se reducen, en su origen, á varios tipos principales, de los cuales se deriva la infinita variedad morfológica de las caras, ninguna exactamente igual á otra. En el caso de Naundorff, no obstante, constituye un vehemente indicio la perseverancia del tipo Borbón-Austria-Lorena, y, en la misma persona del Pretendiente, del carácter y aficiones de Luis XVI.

* *

Sobre tal asunto he de insistir, considerando que encierra, no sólo una novela ultradramática, sino un enigma no esclarecido, y más bien oscurecido deliberadamente por historiadores y políticos. Que Naundorff fuese ó no Luis XVII, convenía suprimirle para los fines de alta política que concurren á la Restauración de los Borbones en Francia. Dadas las circunstancias de su evasión, siempre sería dudosa, romántica y discutida la persona del niño mártir, ya convertido en hombre y probado por los azares de la existencia. El rey de derecho divino tiene que ser algo auténtico é indiscutible—y por eso, políticamente hablando, prescindiendo de la justicia,—Luis XVIII convenía más que el redivivo Luis XVII. No tiene entrañas la mecánica de gobernar á los hombres. Mirado así el extraño misterio de Naundorff, se comprende mejor la apretada red cuyos hilos le envolvieron, estorbándole hablar con la duquesa de Angulema, reiterando los atentados contra su vida, organizando la persecución de que parece ser víctima constante el más desdichado relojero, y que no se explicaría á no suponer que le consideraban peligroso.

* *

La causa de Naundorff, es decir, de sus descendientes, tiene en Francia, aun hoy, y mejor diría que hoy especialmente, numerosos y decididos partidarios. Cuando empezaba á reclamar Naundorff el derecho, no á la corona, sino al nombre y rango que suponía pertenecerle, el gobierno y la policía hicieron aparecer numerosos falsos delfines, dieciséis ó veinte, de todas las condiciones sociales, hasta las más bajas, y que en nada se asemejaban ni á Luis XVI ni á su familia. De estos falsos delfines ninguno conserva parciales ni defensores, excepto un cierto Richemont, á mi parecer tan apócrifo como los demás, pero que todavía encuentra quien escriba libros abogando por él. Son, sin embargo, muy contados los mantenedores de la hipótesis Richemont, y los de Naundorff aumentan cada día. Existen y se sostienen, desde años hace, revistas que consagran todo su texto á elucidar esta cuestión histórica; personas serias y de reputación—citaré á Julio Favre—se han puesto de parte del relojero decididamente; aparecen á cada momento testimonios, no diré que concluyentes, pero muy dignos de tomarse en cuenta; y yo, que ningún interés especial tengo en alterar la verdad histórica, que contemplo desde lejos esta discusión apasionante, declaro que Naundorff no se parece en nada á un impostor, y que los datos ya reunidos en favor suyo constituyen imponente masa, que los historiadores serios no deben desdeñar, y en efecto no desdeñan. En la correspondencia de Naundorff—dos gruesos volúmenes que acabo de recibir—lo que más resalta es la absoluta buena fe con que se creía Luis XVII. Por eso repito que no causa la impresión de un impostor, y que, cuanto más leo y estudio el caso, más se apodera de mí el convencimiento de que la evasión pudo verificarse. Es inverosímil, es estupendo..., conformes. Mi espíritu lucha aún con la realidad de ese folletín. Mi sentido de la historia me dice, al mismo tiempo, que el período revolucionario es la época de los melodramas, las tragedias y las bufonadas incomprensibles en otros momentos menos anormales. La evasión del niño en un ataúd es pura novela por entregas... ¡Corriente! ¿Acaso la novela por entregas no tiene también su dosis de vida?

EMILIA PARDO BAZÁN.



La vaga alegría que aquellas páginas atesoran abre las puertas al joven...

LA VIDA QUE SE ALEJA

Las vereditas del jardín, un tiempo limpias, enarenadas y lucientes, desaparecen invadidas por los hierbajos; los rosales, tristes y raquíticos, fenecen en prisiones de enredaderas; algunas flores pálidas destacan desfallecientes entre las amarillas de los jaramagos... Fuera un jardín, un hermosísimo jardín, del que huyeron todos los rumores, todas las alegrías y todos los perfumes. Entre las hojas amarillentas de los árboles no gorjean los pájaros, y las ramas, escuálidas y retorcidas como brazos desesperados y amenazadores que se elevasen al cielo, parecen clamar contra aquel abandono. Fué huerta frondosa aquel herbazal salvaje coronado de flores funerarias, y ancho camino, que conducía desde la verja hasta la casa, la veredita estrecha y húmeda por donde penetran en la triste morada las cosas indispensables para conservar vidas lánguidas que retardaron su llegada al sepulcro. Desmorónase la alegre quinta de días más felices; se agrietan las paredes, por las que al declinar la tarde corren las salamanquesas, y las puertas y ventanas, herméticamente cerradas, tienen algo de luctuoso y tétrico.

Por los largos corredores no se nota una señal de vida; en las habitaciones solitarias las polillas celebran su festín; en el gran salón, un piano abierto espera en vano á que alguien despierte las armonías que duermen en su seno: aquel teclado, en el abandono del salón, trae á la memoria las sonrisas amargas de los viejos que esperan, desencantados y solos, el fin de sus días.

Los ancianos marqueses están allí en aquel gabinete que han convertido en comedor; es la habitación más abrigada de la casa, pero la chimenea permanece encendida desde mediados de septiembre á primeros de junio. Los muebles son viejos, como los amos; desvencijados, los butacones gimen dolorosamente á la presión de los cuerpos: dijérase que se lamentan de que se les haga servir tanto tiempo. La señora gruñe constantemente y el marqués se queja. No puede permanecer una puerta abierta ni una persiana descorrida; los amplios cortinones, descoloridos, caen pesadamente formando pliegues de severa majestad. Dos criadas, antiguas como los muebles y los cuadros que adornan los testeros, acostumbradas al inacabable regañar de la marquesa y á las quejum-

bres del señor, prestan silenciosamente sus servicios, desliziéndose como espectros por las alfombras.

En medio de aquel cuadro desolado, destácase una bellísima figura, desolada también. Es un ángel que languidece como las rosas del jardín entre las enredaderas y los jaramagos; una niña de dieciocho años que muere de melancolía como las plantas alejadas del sol; la hija de la vieja rezongona y del viejo quejumbroso, enemigos del aire que los acatarran y de la luz que los ciega. Pasará la vida entre aquellas cuatro paredes muriendo entre mil extremos cuidados. Vino al mundo á destiempo. Sin duda la engendraron en una hora de fastidio, y como ya nadie la deseaba, en vez de llenar aquellos corazones de alegría, les hizo vivir en insoportable sobresalto.

La criaron con huraño cariño. De niña no le fué dado correr nunca, porque los viejos temían que pudiera caerse ó enfermar; no pudo entregarse á los cantos y charloteos infantiles porque á los marqueses les dolía la cabeza. Ni podía comer mucho ni beber á deshora; tuvo que llevar una vida reglamentada y seria. A los ocho años era una mujercita formal y melancólica, que rezaba el rosario por la noche después de cenar con devoción profunda: reunidos en el gabinete, los padres y las criadas la acompañaban en el rezo. A los diez, leía en el *Año Cristiano* la vida de los santos. Los marqueses la enseñaron á leer y á escribir para que no fuese á los colegios: estaban arruinados, tenían mucho orgullo y se habían alejado de todo trato social.

Rara vez, en los esplendrosos días primaverales, había logrado salir al jardín. Vivía como los pobres canarios que nacieron en una canariera para ser encerrados después en una jaula, y quitada la huerta y el jardín abandonados no conocía más mundo.

A los dieciocho es hermosa, arcángelicamente hermosa, y está pálida y mustia como las flores enfermas. Viste de blanco, y bajo el oro de sus cabellos, su cara interesante resplandece como iluminada por una luz interior. Cuando anda, de las alburas de su vestido sale un rumor como el que producen las aves al desplegar sus alas... ¡Y está triste de continuo, vagamente triste!

Un día turba aquel reposo de muerte algo verdaderamente insólito: la campana, que nadie toca porque los contados proveedores entran sin llamar, vibra alegre y sonora como agitada bulliciosamente por la

vida. Refunfuña la marquesa escandalizada, quéjase el marqués de que el repiqueteo le atolondra los oídos produciéndole en la cabeza un dolor insoponible como si le diesen martillazos, y el corazón de Esperanza, la hija, palpita violentamente, con el aceleramiento con que debe palpar el corazón de los pajarillos cuando sienten la detonación de una escopeta.

Santiguándose, sale una de las criadas á saber quién se atreve á llamar de aquel modo, y á poco se presenta en el gabinete trayendo una carta en la mano.

—Es un joven, dice, un joven que desea ver á los señores.

—Ya sabes que no recibimos á nadie, grita la marquesa.

—Así se lo dije; le aseguré que los señores están muy delicados y no reciben; pero él insistió. Dice que viene de muy lejos, y que cuando lean esta carta le recibirán.

Extiende el señor su brazo débil y tembloroso; mas la señora, con la ligereza de un felino que coge su presa, ha cogido ya la carta y rasga el sobre regruñendo.

Y con pésimo humor dice:

—No veo sin mis gafas; no puedo leerla.

Y la alarga al marqués, que en vano pretende descifrar la firma.

—Toma, léela tú, dice á Esperanza, que permanece en actitud expectante y piensa sin duda en el recién llegado.

—Es de D. Rogelio Ampudia, dice la niña.

¡Rogelio Ampudia!.. Los viejos se entregan á recordar. Aunque no de noble estirpe, fué para ellos un gran amigo el alegre y bullicioso Ampudia... Y un tumulto de recuerdos pasa por aquellas cabezas níveas y temblorillo plácido agita sus fríos corazones.

—Lee, lee, dice el padre más animado.

Dispónense á escuchar con atención profunda.

Es una canción lejana y dulce, algo así como el eco suave de un himno á la amistad.

Rogelio no puede ir á abrazar á sus buenos amigos; está muy torpe y apenas puede moverse de un rincón; pero manda á su hijo Pedro, á aquel pedazo de su corazón que está ya hecho un guapo mozo, y que en aquel año acabara con gran aprovechamiento la carrera de ingeniero. Terminadas sus tareas esco-

lares iba á conocer mundo, á saborear la vida como corresponde á todo corazón joven: necesitaba ver y aprender.

Una poesía suave y melancólica, la poesía de las cosas que fueron, emanada de la carta del viejo amigo, parece fluctuar en el ambiente. Por un instante el marqués olvida sus dolamas y la marquesa cesa de gruñir. Tiemblan ligeramente los labios de la joven; su corazón se abre á nuevas emociones, á emociones que experimentara en sueños, porque también el *Año Cristiano* hace soñar con el amor á los corazones jóvenes. Y leyendo la carta que recuerda placeres pasados siente turbación extraña y congoja incomprendible.

La vaga alegría que aquellas páginas atesoran abre las puertas al joven, que penetra en el gabinete llenándolo todo de ligero, delicado y gratisimo perfume, que embriaga los sentidos de Esperanza y recuerda á los viejos las deleitosas convulsiones de un amor ya fenecido.

Es alto, esbelto, fuerte, con toda la pujanza de la juventud luchadora; un bello tipo, un tipo admirable. Lleva en sus labios la sonrisa triunfante de los hombres seguros de sí, y se mueve con desenvoltura.

Al principio, la conversación es muy animada; los marqueses preguntan mucho; el joven habla: su voz es vibrante y atrayente y embriaga á la joven como la embriagó el suave perfume que de él se desprende. Luego los señores empiezan á cansarse: él se queja de dolor en las sienas; ella murmura palabras ininteligibles de fastidio. Pero en el primer momento de entusiasmo convidaron á comer al joven Ampudia y no es cosa de lanzarle á la calle.

—Enséñale la quinta, dice el marqués á Esperanza. Y si no hace mucho frío, la huerta y el jardín.

Y dirigiéndose á él:

—Todo está un poco descuidado; no tenemos humor para nada... Y luego, ¡como no recibimos á nadie!..

Es el mes de julio y no hace frío, como teme el marqués.

Los jóvenes salen. El habla y su conversar fluido resuena en los descuidados salones como algo inaudito. Su voz es una voz acostumbrada á entonar himnos á la vida y propensa siempre á cantar alabanzas al amor. Esperanza pregunta con curiosidad inocente é infantil, porque á los dieciocho años no ha visto nada, ni oído nada, ni sentido otra emoción que la que experimenta al lado de aquel joven que viene de muy lejos y que va á países lejanos llevando á todas partes las alegrías de su juventud bulliciosa é inquieta.

Y se ve agitada por un deseo, por muchos deseos, por un tumulto de deseos, ¡ella que nunca deseó nada!

Están en el jardín, en aquel jardín triste que despierta ideas melancólicas, pero que á él empieza á parecerle un paraíso al lado de Esperanza, á quien encuentra adorable, entre las alburas de sus vestidos un poco anticuados, con su carne que tiene tonalidades alabastrinas, sus ojos azules, grandes, serenos é inocentes, sus cabellos de oro que brillan al sol.

Impulsado por irresistible fuerza, sin saber por qué lo hace, ya que todo en la creación parece raro é ilógico, Pedro arrulla á los oídos de Esperanza la estrofa más brillante del sagrado poema de la vida; aquella estrofa en que el Amor habla, los corazones palpitan, escuchan los oídos sinfonías misteriosas, los ojos se entornan suavemente y todo el ser experimenta sublimes estremecimientos.

Habla ardientemente, y sus palabras son dulces como promesas y arrebatadoras como tentaciones.

Esperanza escucha con deleite, languideciendo de

amor, mientras llamean sus ojos y sus mejillas arden.

Pasan unos días. Pedro se decide, da á los marqueses la noticia y pide la mano de Esperanza. Los viejos protestan indignados: habla el egoísmo á sus corazones; no quieren quedarse sin su hija, le llaman

Rompiendo el silencio sepulcral que reina en el interior de la quinta, entra una criada temblorosa y gimiente clamando:

—¡Señora!.. ¡Señor!.. ¡La señorita se va... se va con aquel joven!

La marquesa ruge, pónese en pie airada, alza las manos iracundas al cielo como para maldecir, y vuelve á caer rabiosa y sin fuerzas sobre el viejo butacón. La impotencia la enloquece y grita al marido:

—¡Anda... corre, persíguelos, deténlos antes de que deshonren nuestras canas!

El viejo se levanta, considera su honra en peligro y entra en ganas de correr, de apresar entre sus manos al ladrón, de reñir con él y destrozarle. Avanza algunos pasos, llega hasta la puerta, donde se detiene tembloroso, desarmado, inútil, y se deja caer en el umbral.

—¡Cobarde! ¡Viejo imbécil! grita furiosa la mujer.

Y él, con amargura infinita, ocultando la cara entre sus flacas manos de esqueleto, gime:

—¿A qué perseguirlos? ¿A qué detenerlos? ¿A qué luchar? ¡Son la juventud que huye; la vida que se aleja!..

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

(Dibujo de Julio Borrell.)

LA VIRGEN, SAN FRANCISCO Y SAN JUAN EVANGELISTA, CUADRO DE ANDREA DEL SARTE.

(Véase el grabado de la pág. 713.)

La ordenación general de la composición, el estilo del dibujo, el sentimiento del color, todo en ese lienzo es de una elegancia suprema, de una belleza encantadora. Esa Virgen y esos santos son bellos, humanos, dichosos; esos angelitos sonríen á Jesús, juegan con él como simples mortales y le persiguen hasta en los brazos de su Madre que sirven de refugio al Divino Niño. No es la Virgen gótica que, envuelta en ropajes, no tiene cuerpo; no es el Jesús endeble que bendice á los hombres; no son los santos extenuados por el ayuno y que parecen salir de la tumba. No es ese, en suma, un lienzo como los de los primitivos que querían dar á entender que la vida es mi-

serable, que la humanidad es pecadora y que sólo debemos pensar en rezar y en arrepentirnos, si no queremos ser condenados eternamente. Al contrario, esos santos, esa Virgen y ese Jesús nos dicen que la vida es buena, que Dios ha puesto en este mundo razones para que el hombre viva en él, que nos ha concedido los goces de la familia, recordados por la Virgen, los del trabajo, recordados por San Juan Evangelista, y aun los de la oración, recordados por San Francisco, porque la oración ya no es sólo un llamamiento que el espanto nos mueve á dirigir á la misericordia divina, sino que es también un canto de gratitud y de deseo.

El mundo ha variado porque ha mirado atrás y ha descubierto todo el pasado antiguo, ese pasado en que el hombre amaba la vida terrena, comprendiendo al fin que hemos venido á la tierra para vivir, no para morir, y que la naturaleza, obra de Dios, es buena, es bella y merece nuestra admiración; y así ha renacido en estos tiempos el amor á la forma bella, que antes se despreciaba.

En este espíritu hállase inspirada la magnífica obra de Andrea del Sarto, el admirable pintor florentino, nacido en 1486 y fallecido en 1531, á quien sus contemporáneos dieron el sobrenombre de Andrés *senza errori*, y que, según no pocos críticos, iguala á Rafael en pureza de líneas y gracia de expresión y le supera como colorista.—X.



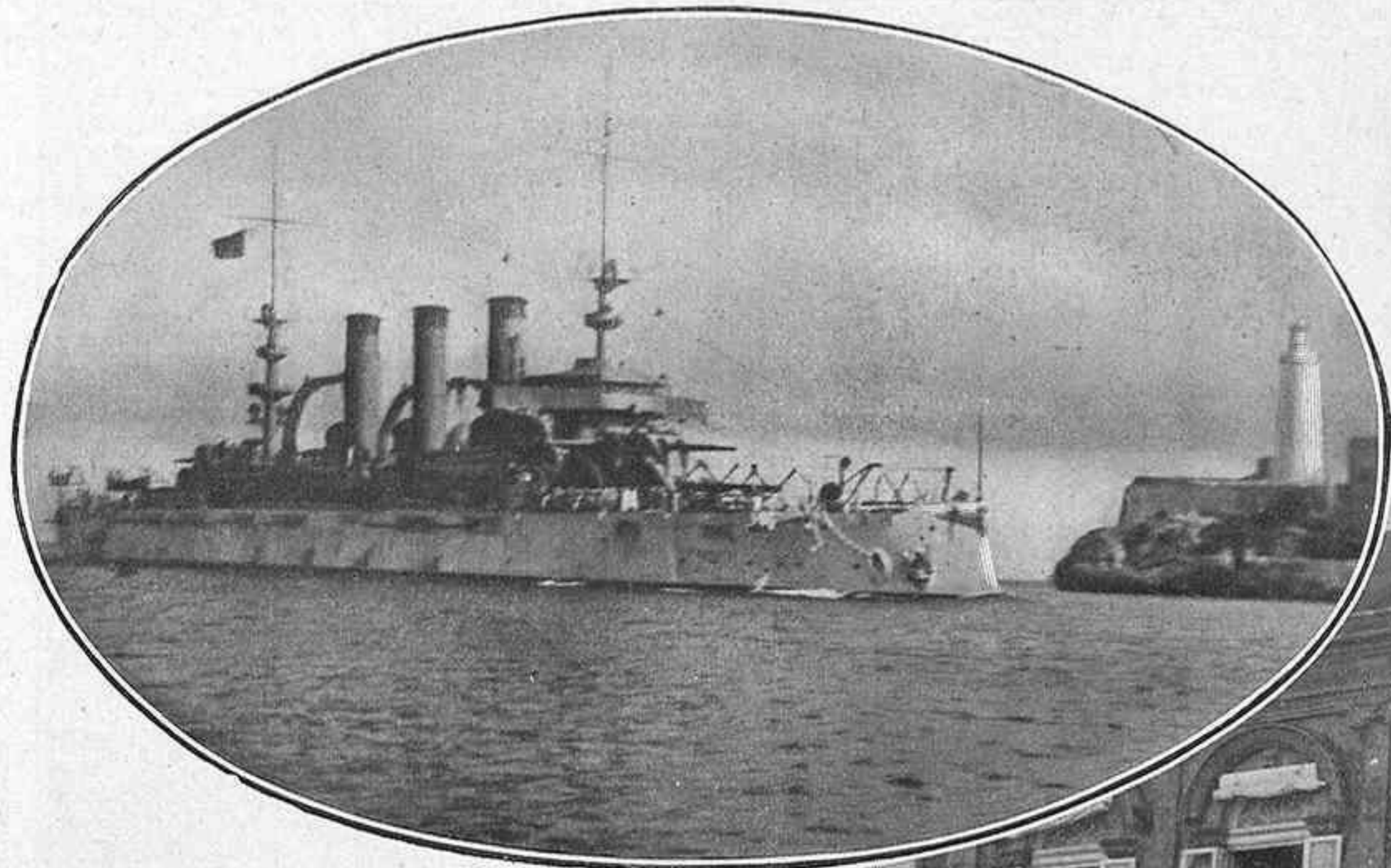
Estudio de J. Walter West

bellaco y plebeyo y le arrojan ignominiosamente á la calle. Marcha Pedro con la cabeza erguida, llenando de esperanzas el corazón de la joven con una mirada que es un juramento ferviente de amor inmenso.

A los oídos de Esperanza llegan pertinaces la voz gruñona de la marquesa que riñe y las quejumbres del padre. Y aquel murmullo resuena agrio y punzante como el refunfuñar de la muerte que odia y condena al amor porque es el principio de la vida...

Es el declinar de una tarde en la que el canto de la alondra parece más apasionado y amoroso: hay amor en el piar de los pájaros, en las fragancias de las flores, en el zumbido de las abejas, en las tintas rosadas del crepúsculo, en los insectos que corretean persiguiéndose entre la hierba... El ambiente es amor.

Esperanza apóyase en el brazo de Ampudia oyendo su voz apasionada y tierna, sintiendo que su corazón palpita con mortal zozobra y que la sangre hierve derramándose por sus venas como fuego vivificador: está decidida á seguirle á compartir con él serenidades y sobresaltos, miserias y abundancias, congojas y dichas. Y volviendo la cabeza para mirar la ruinosa quinta, los herbazales incultos, las rosas descoloridas que fenecen aprisionadas por las enredaderas y jaramagos, aún tiene un suspiro para ellos y una lágrima amarguísima dedicada á los que quedan...



que han asumido la dirección de la administración pública y efectuado la ocupación militar de la isla.

Por las formales declaraciones de Roosevelt, la intervención será de duración corta. Se ha fijado para junio del próximo año la celebración de elecciones para los Estados Unidos pretender quedarse con Cuba.

ducento para los Estados Unidos pretender quedarse con Cuba.

Hay que advertir que la última revolución cubana ha sido un movimiento exclusivamente político. Cuba, económicamente, hallábase en buenas condiciones; afloran los capitales, abundaba el trabajo; desenvolvíanse paulatinamente todas sus fuentes de riqueza y todo hacía esperar un próximo hermoso porvenir.

La alteración de la marcha regular del país ha sido una gran desgracia.

Es de esperar que todavía luzcan para la República de Cuba

HABANA. — EL AGORAZADO NORTEAMERICANO «VIRGINIA» PASANDO POR DELANTE DEL MORRO.

LA SITUACIÓN EN CUBA

Siempre la realidad empequeñece el ideal; ó en otras palabras: todo ideal, al realizarse, pierde gran parte de su pristina belleza.

El caso de Cuba es una demostración de ello. Aquella Cuba libre y feliz con que soñaron tantos de sus hijos, y que era el móvil que les guiaba al luchar por independizarla de la metrópoli, se ha convertido, realizado el ideal, en uno de tantos países convulsivos, entregado á manos de ambiciosos políticos, que no han vacilado, los que en el gobierno estaban, en vulnerar los principios democráticos para asegurarse el poder, y los que estaban en la oposición en recurrir á un



HABANA. — EL PÚBLICO DELANTE DEL PALACIO DEL CONGRESO EL DÍA DE LA DIMISIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA SR. ESTRADA PALMA

nes generales para elegir un gobierno propio, y una vez éste constituido, abandonarán de nuevo los yanquis á Cuba.

Hay motivos para creer que, por esta vez al menos, se salve la nacionalidad cubana de la absorción yanqui. Después de las formales declaraciones hechas en Río de Janeiro y en otras capitales de Sur América por el secretario de Estado Mr. Root, sería contrapro-

días de bonanza. Si los políticos cubanos saben aprovechar las lecciones de la experiencia, comprenderán que es mala consejera la pasión, que es peligroso desconocer los derechos del adversario y que en los instantes supremos, por encima del interés particular y de partido, debe estar el interés de la conservación de la República.

ADRIÁN DEL VALLE.

Havana, octubre 1906.



HABANA. — LOS COMISIONADOS NORTEAMERICANOS MR. TAFT Y MR. BACON SALIENDO DEL PALACIO DE LA PRESIDENCIA DESPUÉS DE HACERSE CARGO DEL GOBIERNO PROVISIONAL.

movimiento armado para del poder apoderarse cuanto antes. Los hechos son los siguientes, escuetamente relatados:

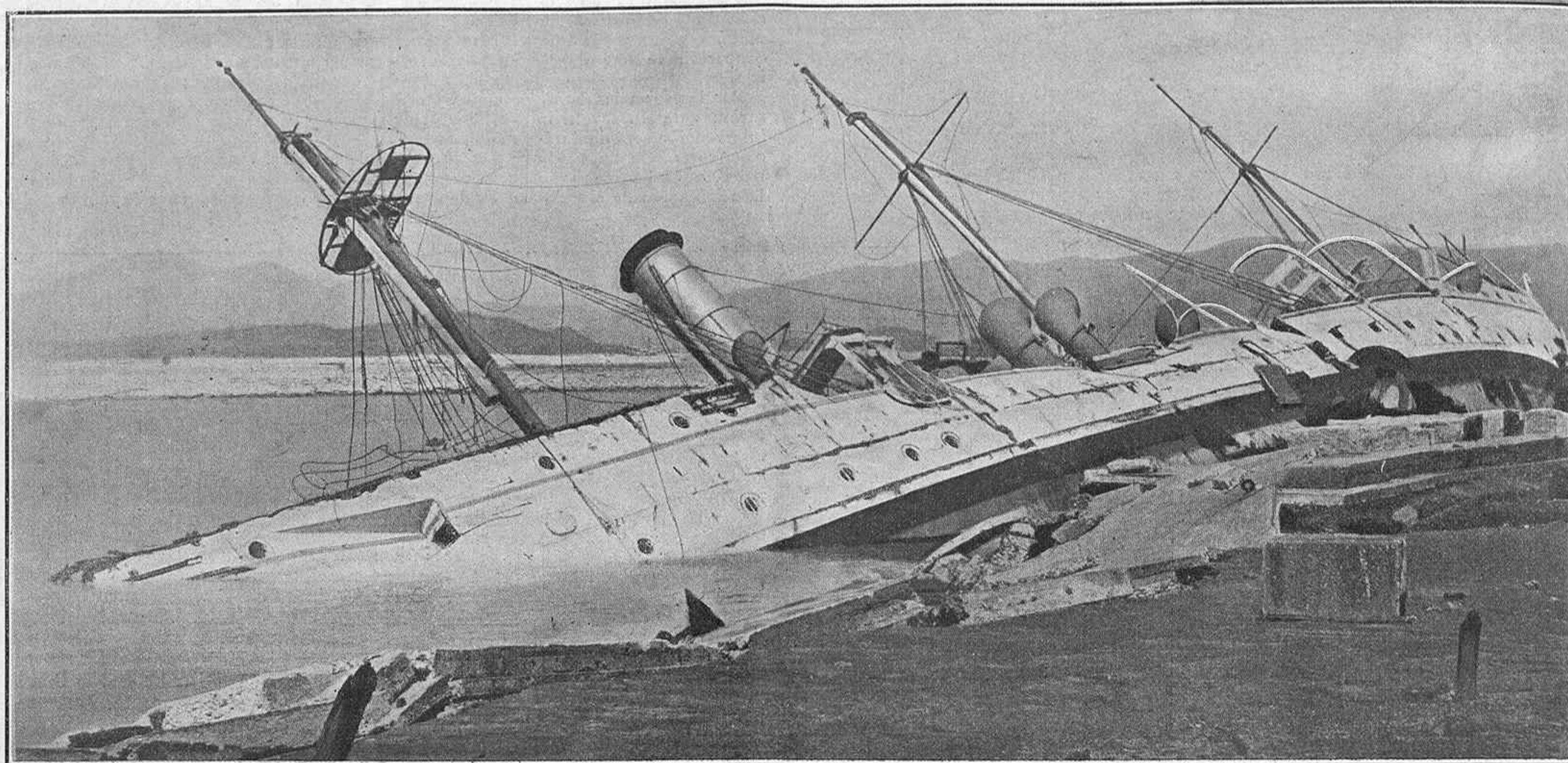
Al constituirse la República, fué elegido presidente, por el voto casi unánime de todos los ciudadanos, sin distinción de partidos, el Sr. Estrada Palma. Fiel á su compromiso, gobernó los primeros años con criterio independiente, alejado de las luchas de los partidos; pero solicitado constantemente por éstos y deseoso de asegurar su reelección, afilióse al fin al partido moderado.

Aduñados los moderados del poder, y efectuadas las elecciones, el partido liberal, entendiendo que en éstas se les había cohibido el libre ejercicio del sufragio, y que el partido triunfante le cerraba las puertas de la legalidad, recurrió á la revolución, aun á riesgo de hacer peligrar la existencia de la República.

El resultado de la revolución ya se ha visto. Impotente el gobierno de Estrada Palma para dominarla, solicitó y obtuvo la intervención de los Estados Unidos; sólo que éstos, en vez de ponerse al lado de Estrada Palma, nombraron una comisión para que mediara y pusiera de acuerdo á los contendientes. Las bases de arreglo, propuestas por los comisionados americanos Mr. Taft y Mr. Bacon, aceptadas por los revolucionarios, no fueron del agrado del Sr. Estrada Palma, que dimitió, entregando el gobierno á los comisionados citados, haciéndose así efectiva la intervención de los Estados Unidos,



HABANA. — DESFILE DE LA GUARDIA RURAL POR DELANTE DEL PALACIO DEL CONGRESO EL DÍA DE LA DIMISIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA SR. ESTRADA PALMA



HONG-KONG. — Efectos del tifón de 18 de septiembre último. — El aviso inglés *Phoenix* zozobrado y estrellado contra un muelle. (De fotografía.)

EL TIFÓN DE HONG-KONG

El día 18 de septiembre último un violento ciclón devastó la ciudad y el puerto de Hong-Kong, causando grandes estragos especialmente en las embarcaciones. Dos buques de guerra franceses *Fronde* y *Francisque*, fueron arrojados á la costa con grandes averías; el primero, á pesar de los heroicos esfuerzos de su estado mayor y de su tripulación, se perdió del todo, habiendo sido preciso limitar los trabajos de salvamento á la extracción de las partes menos perjudicadas del armamento y de las máquinas.

La marina de guerra inglesa ha sufrido igualmente graves daños: dos cañoneros, un contratorpedero y

un torpedero han tenido importantes averías, y el aviso *Phoenix*, barco de tipo antiguo, se estrelló contra el muelle, destruyéndolo en parté.

Multitud de buques mercantes, particularmente el *Charles-Hardouin*, francés; el *Petrach*, alemán; el *Monteaug*, inglés, y el *Hitchcock*, norteamericano, quedaron desmantelados ó se fueron á pique.

De la infinidad de juncos y embarcaciones pesqueras que ordinariamente pululan en el puerto, sólo quedaron restos informes que cubrían la superficie del mar en todas partes.

En tierra firme, especialmente hacia la ciudad de Kowloon, los daños fueron inmensos; casi todos los diques habían sido destruidos, y enormes bloques de

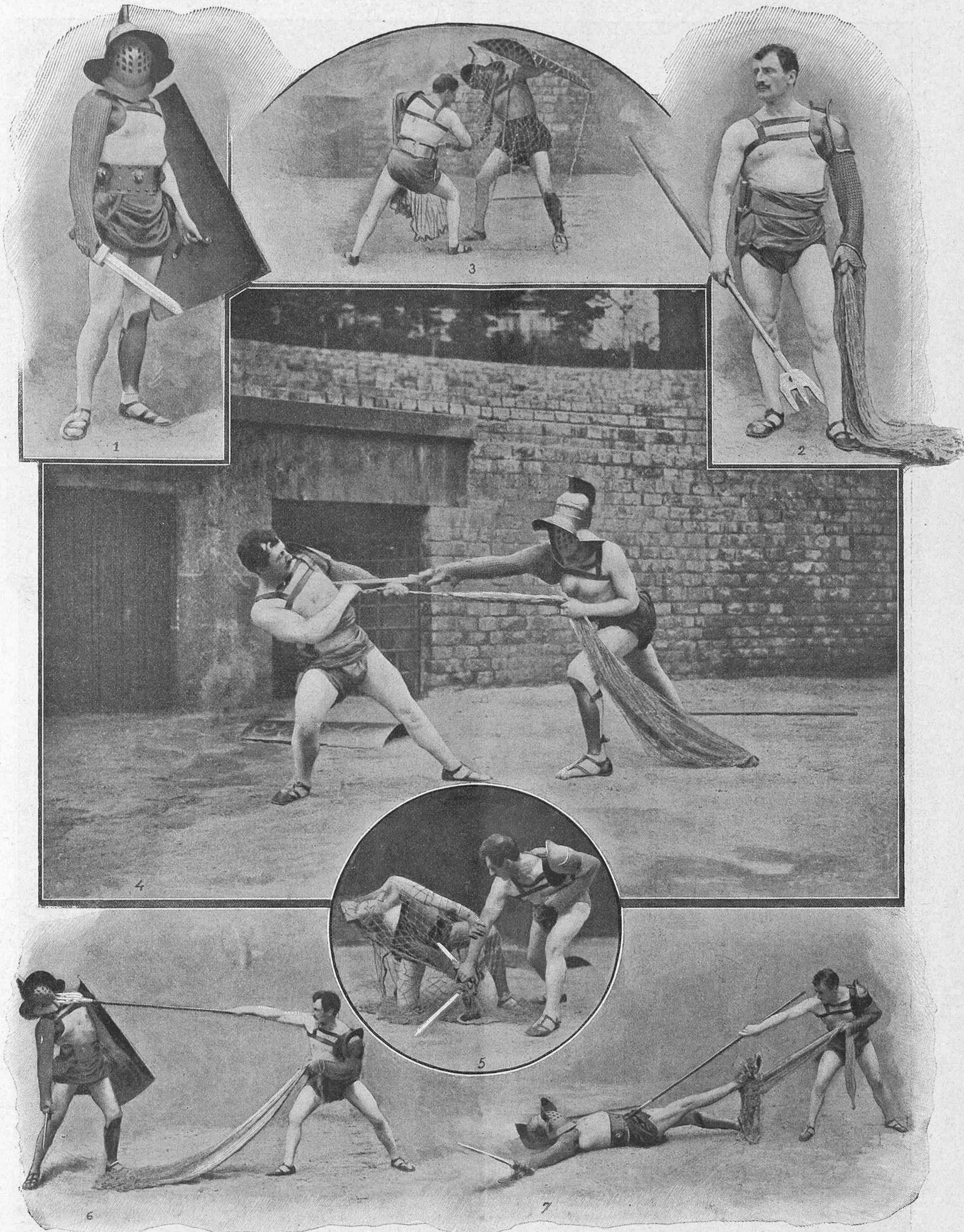
granito, que se alzaban cerca de los diques, habían sido arrancados por la fuerza del viento. Varios edificios se convirtieron en montones de ruinas y gran número de árboles fueron arrancados y lanzados á gran distancia.

El espectáculo, al día siguiente de la catástrofe, era indescriptible, y un duelo general pesaba sobre toda la colonia. Sólo dos horas habían bastado para ocasionar tantos desastres.

Hong-Kong ha sufrido varias catástrofes análogas, mereciendo especial mención las de 1841, 1874 y 1900; pero la de este año se recordará siempre como el suceso más trágico, hasta ahora, de la historia de la floreciente ciudad.—X.

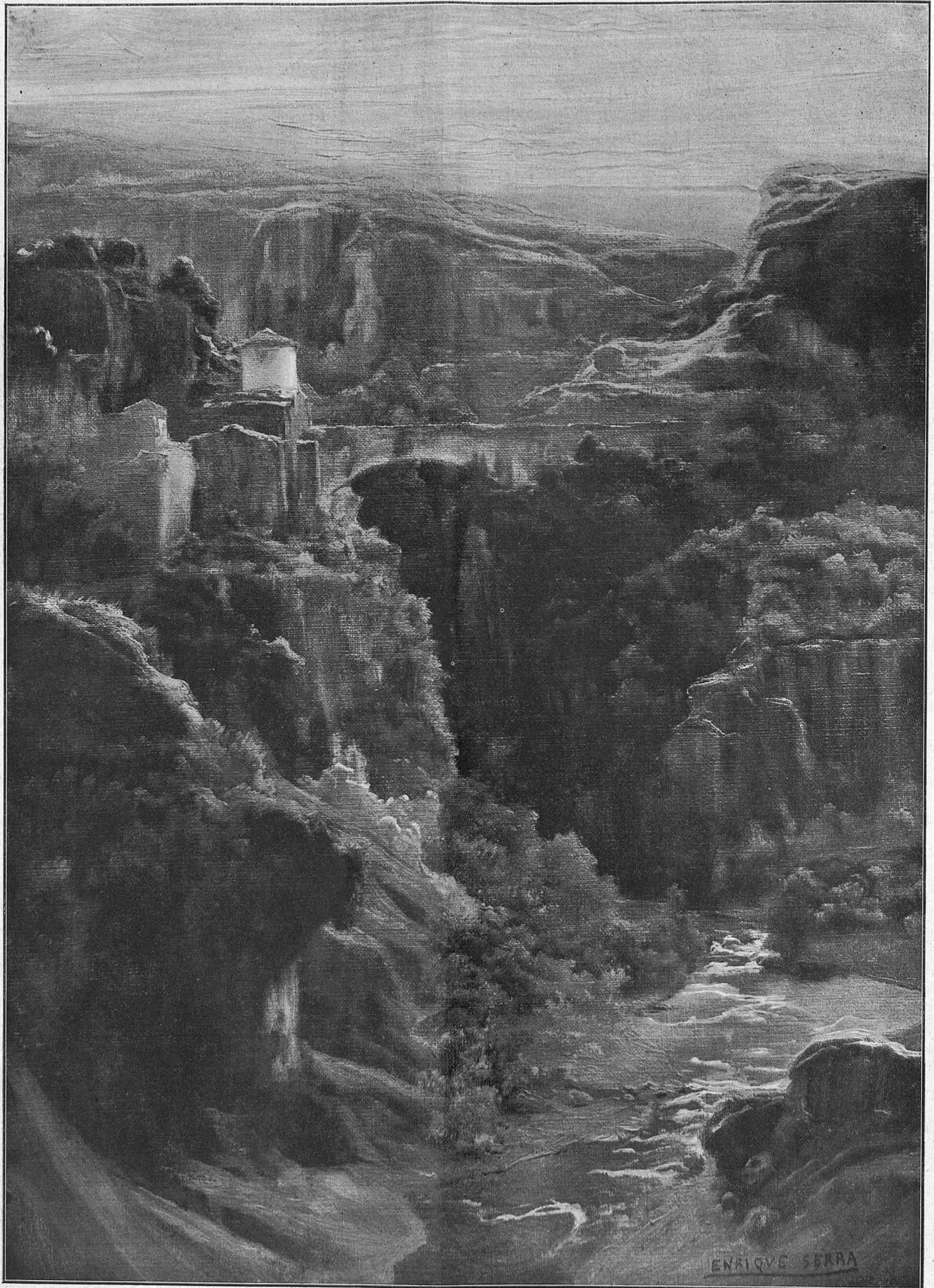


HONG-KONG. — Efectos del tifón de 18 de septiembre último. El torpedero francés *Fronde* lanzado contra un muelle. (De fotografía.)



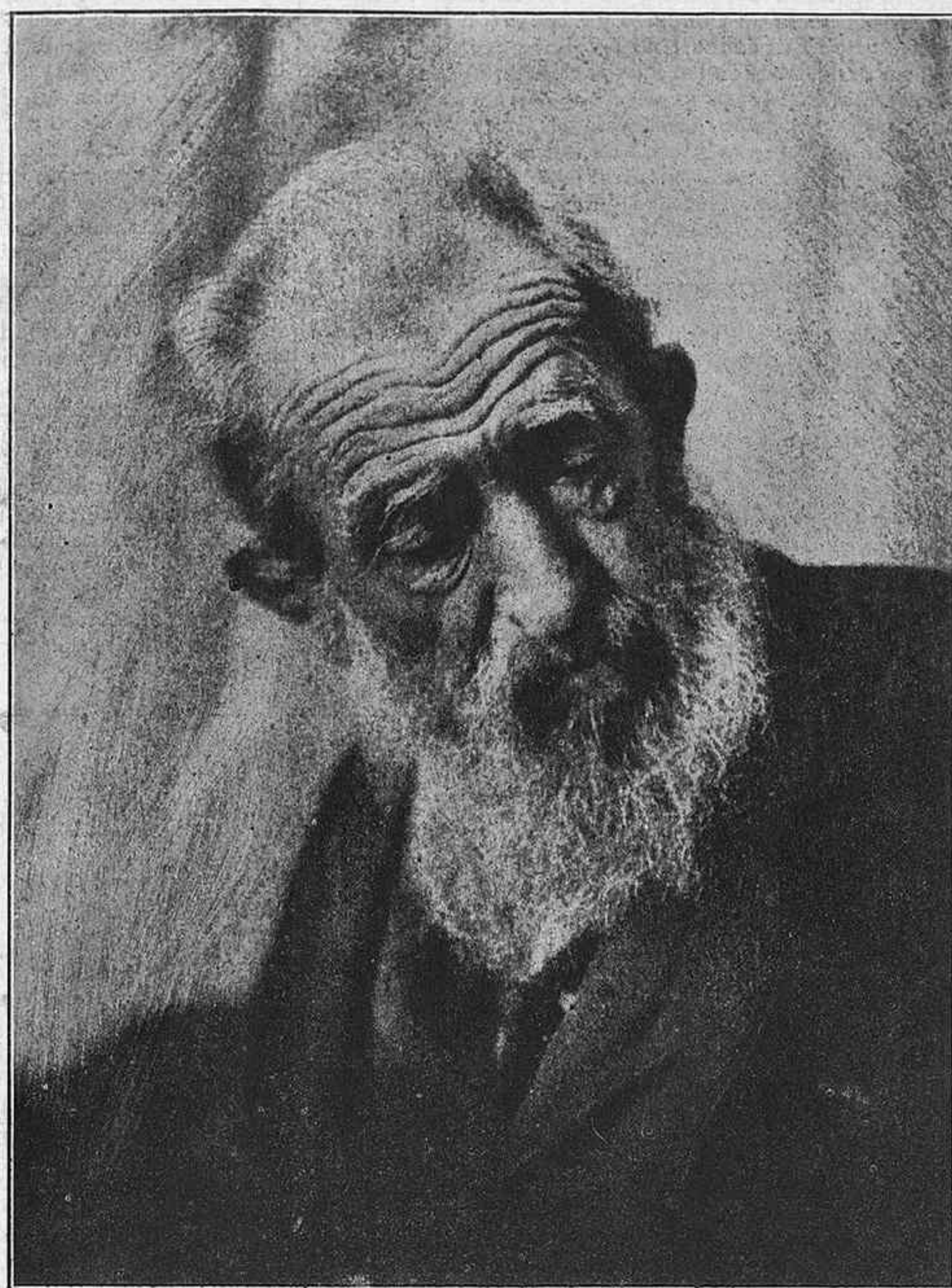
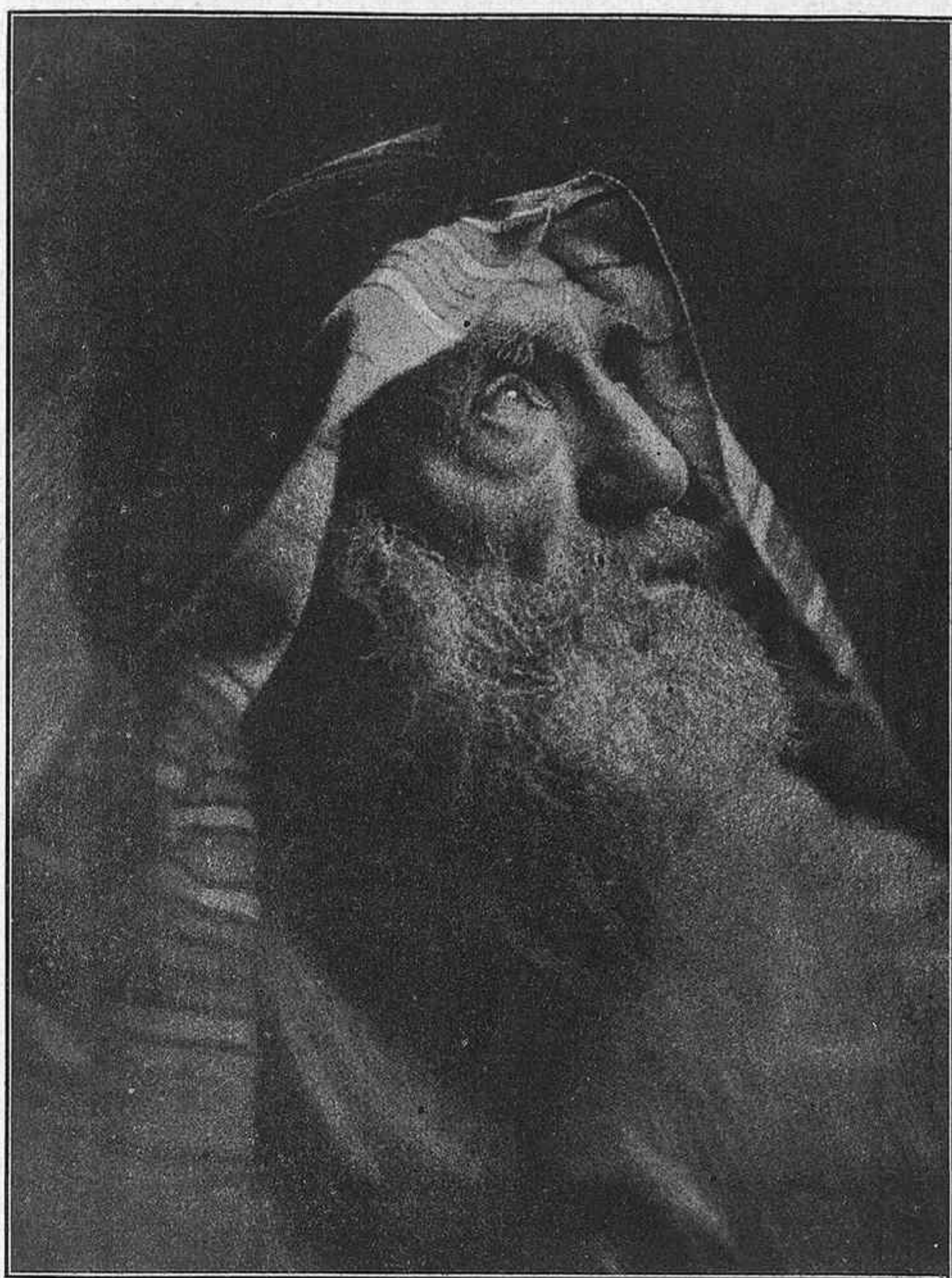
Un combate de gladiadores reconstituido por atletas modernos.

1 y 2. Mirmilón (M. del Prat) y reciario (M. Dubois) en descanso. - 3. Parada de la red con el escudo y avance simultáneo del mirmilón, que ataca. - 4. Estocada recta del mirmilón preparada por tracción de la red. - 5. Defensa del mirmilón, cogido bajo la red y amenazado con el puñal por el reciario. - 6. Golpe de parada en la careta. - 7. Caída del mirmilón derribado, después de cogido con la red por el pie, y herido en el vientre. (De fotografía.) - (Véase la descripción de la pág. 722.)



SUBIACO (ITALIA).—ALREDEDORES DEL SACRO SPECO, cuadro de Enrique Serra

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS RECIENTEMENTE CELEBRADO EN LA CIUDAD DE REUS



Fotografías de la colección agraciada con el gran premio de honor, original de D. Carlos Iñigo y Gorostiza, de Madrid



Fotografía de la colección agraciada con medalla de oro, original de D. Juan Vilatobá, de Sabadell

REUS. - CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS

La sección artística del Centro de Lectura de Reus ha celebrado recientemente un Concurso y Exposición Nacional de Fotografía, al que han concurrido muchos y muy hábiles aficionados. La exposición de las fotografías enviadas resultó en extremo interesante, así por lo selecto de los asuntos reproducidos en aquéllas, como por la bondad técnica de las mismas.

El Jurado otorgó el gran premio de honor á D. Carlos Iñigo y Gorostiza, y los premios siguientes:

Asunto y composición: diploma de medalla de oro á D. Juan Vilatobá, de Sabadell; diploma de medalla de plata á D. José Bosch Ximenis, de Sarriá; diploma de medalla de bronce á D. Joaquín Fungairiño y Gómez, de Madrid, y menciones honoríficas á D. Gabino L. Seijó, de Guernica, y á D. Jaime Ferrer Massanet, de Palafrugell.

Paisaje, Marina y Arquitectura: diploma de medalla de oro á D. José Bosch Ximenis; diploma de medalla de plata á don Emilio Massó Masip, de Valencia; diploma de medalla de bronce á D. Santiago Trías, de Barcelona, y menciones honoríficas á D. Juan Vilatobá, D. Joaquín Fungairiño y D. Benito Rodríguez García, de Madrid.

Desnudo: diploma de medalla de bronce á D. Juan Vilatobá, y mención honorífica á D. Ciriaco Nieto, de Bilbao.

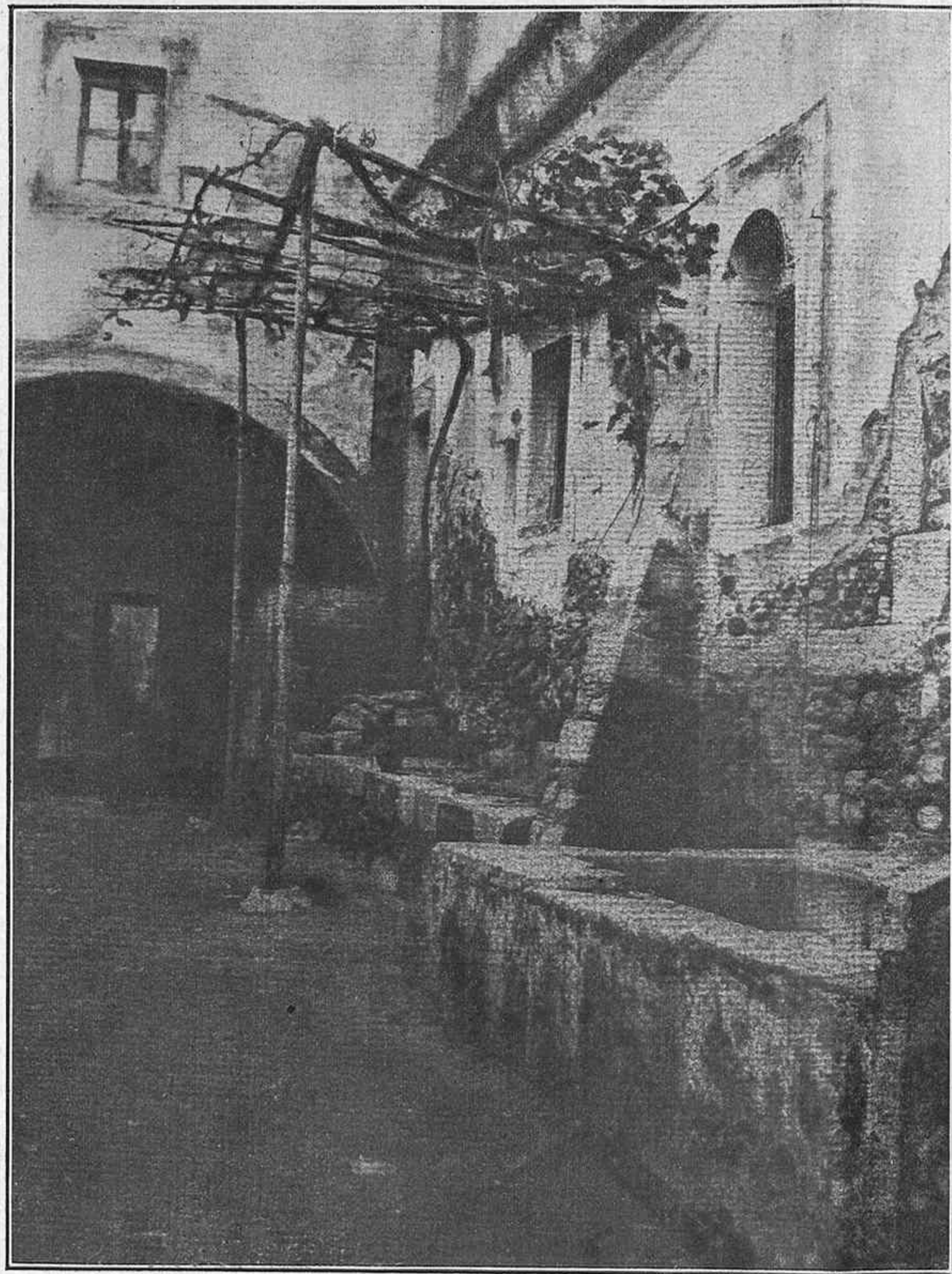
Esteroscopia: diploma de medalla de oro á D. Manuel M. de Victoria, de Granada; diploma de medalla de plata á don Francisco Toda, de Madrid; diplomas de medalla de bronce á D. Joaquín Salcedo, de Monzón, y á D. Arturo Cerdá y

un aficionado, M. del Prat, é inspirándose en los escritos clásicos, ha codificado, por decirlo así, el combate del reciario contra el mirmilón y ha formulado una serie de reglas precisas que permiten ejecutar un asalto cuyas sucesivas fases, golpes y paradas están exactamente reproducidas en los grabados de la página 719.

Armado de una red de pescar, de un tridente de madera con puntas de cuero y de un corto puñal, el reciario lleva, como únicas armas defensivas, un brazal en el brazo izquierdo y un ancho cinturón. El mirmilón, por el contrario, hállase bien protegido por un casco que le cubre enteramente la cabeza y la cara, por una cota de malla en el brazo derecho, por una espinillera en la pierna izquierda y por un inmenso escudo, gracias al cual toda la parte izquierda del cuerpo es, en cierto modo, invulnerable.

Antiguamente el combate terminaba con la muerte de uno de los adversarios; en la actualidad, puesto que no se trata más que de un simulacro, termina, como en la esgrima, en el momento en que uno de los combatientes ha recibido un

romana ofrece interés para el artista, nos procura hoy ocasión de dar á conocer á nuestros lectores otra hermosa página, rica en contrastes, de ese privilegiado país que tantos recuerdos encierra y que tanto representa y significa para la historia de la humanidad. Las cercanías ó alrededores del Santuario del Sacro Speco han servido á nuestro compatriota para producir una obra digna de encomio, que han de aplaudir, no sólo los



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE REUS. - Fotografía agraciada con medalla de oro, original de de D. José Bosch y Ximenis, de Sarriá (Barcelona.)

Rico, de Cabra del Santo Cristo (Jaén), y menciones honoríficas á D. Joaquín Fungairiño; á D.^a Vicenta Baysauli, de Valencia; á D. José M.^a Cala Sánchez, de Morón; á D. Antonio Ubach Elosegui, de Barcelona, y á D. Víctor Andreu Miralles, de Barcelona.

Las muestras de las fotografías premiadas, que reproducimos en esta página y en la 721, dan idea de la importancia del concurso. Para los grabados hemos utilizado las reproducciones de los originales que nos ha remitido el reputado fotógrafo reusense D. E. Puig.

ATLETAS MODERNOS

(Véase la lámina de la página 719)

Sabido es cuánto gustaban los pueblos antiguos, especialmente el griego y el romano, de los espectáculos que hoy llamamos deportivos. Desde hace mucho tiempo se ha querido restaurar los juegos de la antigüedad, de suerte que muchos de nuestros actuales deportes no son sino adaptaciones de aquéllos; pero hasta ahora nadie había probado de reconstituir los combates de gladiadores, tan en boga en épocas remotas en Atenas y en Roma.

Uno de los modernos maestros de atletismo, el profesor francés Dubois, ha intentado esa empresa con el concurso de

Sarriá. Desde él se domina el panorama vasto y hermosísimo del llano de Barcelona, que tiene por fondo la inmensidad del mar, y á este atractivo une aquel sitio el de los frondosos bosques que por la parte del monte lo rodean.

Siempre ha sido Vallvidrera lugar predilecto de los barceloneses, que encuentran allí grato esparcimiento á su espíritu los sanos, y aires puros y tonificantes los enfermos y convalecientes; de aquí su constante desarrollo, que ahora aumentará sin duda considerablemente, gracias á la facilidad de comunicaciones. En efecto, el viaje que antes se hacía en coche y que resultaba un tanto pesado, hoy se hace cómoda y rápidamente, ora en el tranvía eléctrico del Tibidabo, ora en el ferrocarril funicular de Sarriá que se ha inaugurado recientemente y del cual adjunta publicamos una vista.

SUBIACO (ITALIA). ALREDEDORES DEL SACRO SPECO

CUADRO DE ENRIQUE SERRA

(Véase la lámina de la página 720)

El distinguido pintor catalán Enrique Serra, que desde hace años ha logrado singularizarse en extranjero suelo, reproduciendo en forma bellísima y agradable cuanto en la comarca



VISTA DEL FERROCARRIL FUNICULAR DE SARRIÁ Á VALLVIDRERA (BARCELONA), recientemente inaugurado. (De fotografía de Enrique Castellá.)

determinadonúmero de «toques.»

En los últimos Juegos Olímpicos, la exhibición de ese deporte obtuvo un gran éxito; también lo ha logrado en un asalto efectuado recientemente en las Arenas de Lutecia y durante el cual tomaron las interesantes fotografías que publicamos.

FERROCARRIL FUNICULAR DE SARRIÁ Á VALLVIDRERA.

Entre los muchos y bellos alrededores de Barcelona merece citarse como uno de los más pintorescos el pueblo de Vallvidrera, situado en lo alto de la montaña de

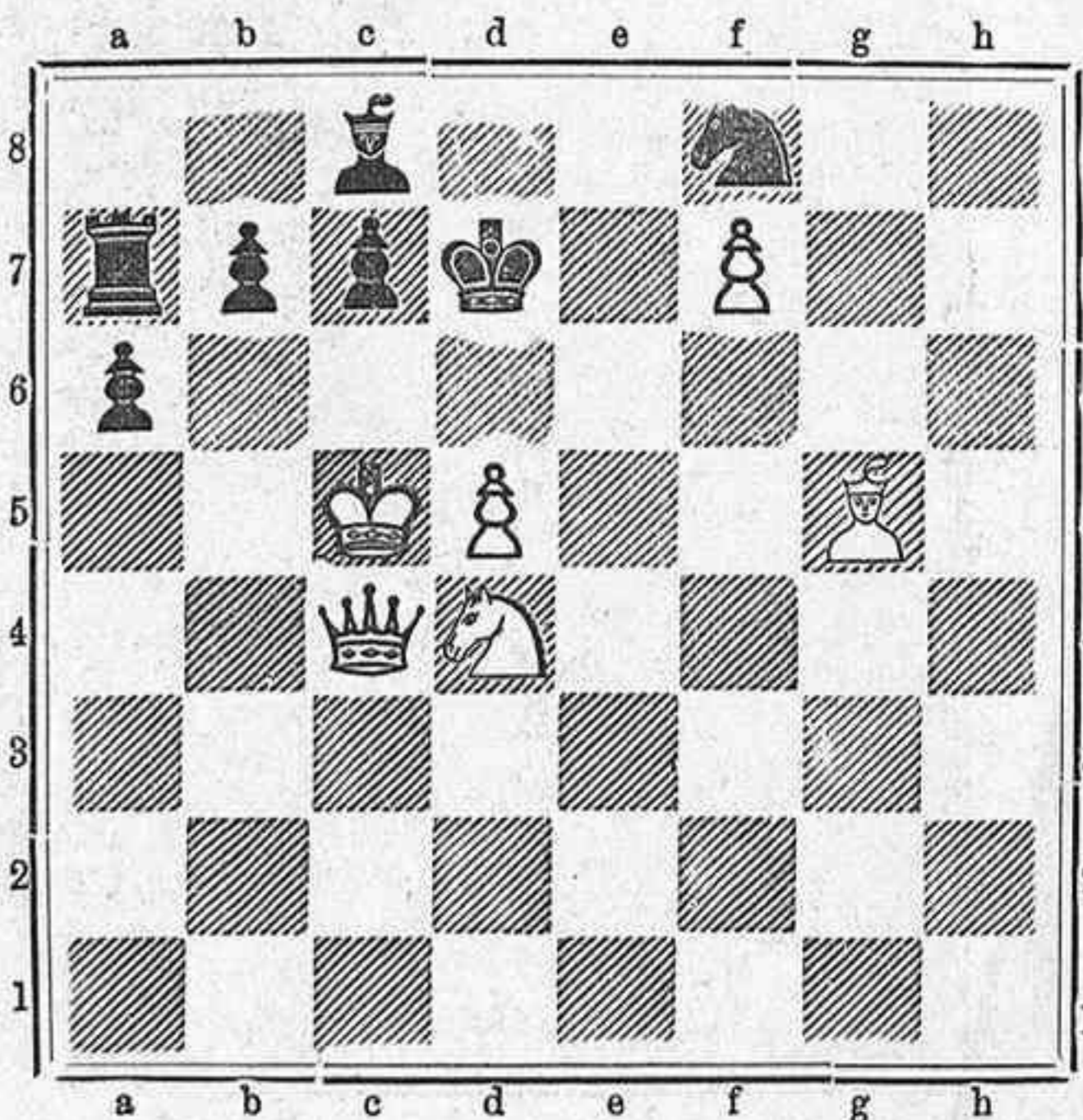
amantes del arte, sino quienes recuerden que en aquella comarca se halla emplazada la casa matriz de la orden Benedictina, á la que cabe la gloria de haber impreso el primer libro que se publicó en Italia.

BOUQUET FARNESE VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 444, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 443, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dh1-a8 | 1. Re6-f7 |
| 2. Cg4-h6 jaque | 2. Rf7-e6 |
| 3. Ab1-f5 mate. | |

VARIANTES

- | | |
|---------------|-----------------------|
| 1..... h5xg4; | 2. Da8-e8 jaque, etc. |
| Ca7xb5; | 2. Da8-e8 jaque, etc. |
| Ca7-c8 ó c6; | 2. Da8xc8 jaque, etc. |
| Otra jugada; | 2. Da8-e8 jaque, etc. |

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Pues la amenaza de pleito que Gerardo evitaba á Cristiana, sería realizada contra la esposa de su rival Antonio Le Bray. ¿Debía exponer á éste á las represalias ó á la generosidad de Sebourg?.. ¿Podía hacerlo? ¿Podía conseguir que la realidad no fuese? ¿Debía ofrecerse en la humillación á aquel á quien en otro tiempo quería elevar hasta ella y hacer entrar como dueño en aquel hermoso castillo de sus antepasados, en el que no era ya más que una intrusa y del que se marchaba para que no la echasen?

No fué, pues, por instigación de coquetería, sino como defensa contra unas alternativas temibles para tan noble amor, por lo que Cristiana dió una respuesta precipitada, la primera que le ocurrió, para eludir el curso fatal de la explicación; respuesta, por otra parte, muy verídica:

—El Sr. de Sebourg no me odia.

—Confiese usted que la ama, exclamó Antonio, arrebatado él también por la impetuosa lógica de su sufrimiento y de su pasión.

Cristiana, bruscamente ruborizada, volvió la cara. Ambos se quedaron silenciosos. Le Bray se levantó y un torrente de amargura brotó de sus labios.

—¿Y quiere usted hacerme creer que no le ama y que no se casará con él!.. ¡Cómo! Ese hombre ama á usted... Y usted deja Feuilleres para acercarse á él, educa á sus hijos y se despoja por el mayor de ellos... Si no pensase usted pertenecerle, ¿obraría abominablemente sosteniéndole así en esa ilusión?... ¿Por qué no se atreve usted á decirme la verdad? No merezco esa desconfianza. Después de todo, si me ha dado usted esperanzas, no se ha ligado conmigo por ningún compromiso; es usted libre, lo reconozco. Y si es que teme por Gerardo, puede usted estar tranquila... No tengo derecho á atacarle; sin descender de una estirpe de magnates, soy hombre bien educado.

La idea fija de Cristiana hízole ver en esta última frase una irónica insinuación. La agitación de su alma se condensó en una angustia única... ¿Sospechaba Antonio algo?.. Desdeñando al defenderse, dijo vivamente:

—Y bien, al hombre bien educado me dirijo; respóndame usted, Antonio. ¿Precisó mi hermana Antonieta el peligro de que hablaba usted hace un momento y que hacía necesario el apoyo de usted?

El joven repitió encogiéndose de hombros:

—¡Mi apoyo!.. Pude pensar en ofrecérselo á usted contra la animosidad de su cuñado que temía Antonieta; pero la pobre moribunda no había previsto que, á pesar de su recuerdo, se atrevería á hablar á usted de amor. ¡Él!.. á usted... ¡Dios mío!.. No, la pobre no lo había imaginado, y menos aún...

Cristiana le interrumpió.

—No acabe usted, Antonio, no se cargue con un remordimiento. En realidad no tenemos nada que decirnos sobre tal asunto. Si continúa esta discusión, á riesgo de que nos lleve á procedimientos indignos

de nosotros, es porque quiero saber lo que le confió mi hermana.

—Lo sabe usted ya.

—¿No habló más que de esa vaga aprensión?

ño. Su recuerdo será lo más precioso que haya para mí en el mundo, pero prescindiré de él si usted me lo ordena.

—Es preciso, murmuró la joven.

Le Bray se inclinó.

Aquel gesto de aceptación y de adiós, simbolizó de repente para Cristiana lo irreparable. Su corazón se partió y la joven, rígida, no encontraba nada que evitase tan atroz dolor. No se puso más pálida de lo que estaba y sus facciones permanecieron inmóviles; apenas temblaban sus manos y no parecía que una de ellas, apoyada en una mesa, fuese indispensable para sostenerla. Toda su vida, sin embargo, se iba de ella, como si sus arterias se hubiesen quedado vacías de sangre, y en su garganta había un grito desolado, agudo y persistente, que no podía salir por los mudos labios.

Volvíase ya Antonio para salir, sin que Cristiana hubiese hecho un movimiento, cuando se abrió una puerta interior del salón y apareció la condesa. En una persona tan poco comunicativa, chocaba la turbación que dejaba ver. Apenas se dió cuenta de la presencia de un visitante, sin recordar, sin duda, que se le habían anunciado, y se fué derecha hacia su hija:

—Cristiana, sube pronto á ver á Roberta; que se queja y pregunta por ti: ¡Con tal de que no esté atacada á su vez!..

Cristiana echó á correr con tal ímpetu, que Antonio sintió un escalofrío de furioso sufrimiento. ¡La hija de Gerardo!.. El joven creyó ver una ternura exageradamente inquieta hacia la hija del hombre adorado, allí donde no había más que la fuga apresurada ante su amor, que la pobre Cristiana hubiera desencadenado un minuto después en un sollozo de pena mortal.

—Sírvase usted dispensarme, señora; me retiro, balbució el arquitecto.

—Yo soy quien pide á usted perdón, respondió la señora de Feuilleres con la fría cortesía de una persona preocupada por cosa muy distinta. Hemos traído á esta niña con nosotras para preservarla del contagio, pues su hermanito está enfermo. Y, de repente, la he visto en un estado que me da miedo. Si me atreviera á pedir á usted... No tenemos teléfono...

—¿Quiere usted que vaya á avisar al médico?, ofreció Le Bray con la cortesía obligatoria.

—El del Sr. de Sebourg, porque nosotras no tenemos. Estamos en París hace tan poco tiempo... Aquí tiene usted las señas del médico que asiste al niño, añadió la condesa escribiendo dos palabras en una tarjeta. Y como usted tiene un coche...

—Voy corriendo, señora.

—¡Ah, mi pobre Sr. Le Bray!, suspiró la condesa, que pareció darse cuenta entonces de la personalidad del joven. La desgracia se encarniza con nosotras. Esos niños, á quienes mi marido quería tanto por ser de su hija Antonieta... Y Cristiana no los querría más si fuesen suyos... ¡Qué responsabilidad!



Todos creyeron en un fervor de gratitud...

Antonio pareció recogerse un momento y dijo con fuerza:

—No.

—¿Nada más?

—Nada.

—Déme usted su palabra de honor.

Antonio fijó en aquella cara interrogadora una mirada llena de tristeza. ¿Vacilaba? ¿Quería dar precio á las palabras esperadas al ver palpar convulsivamente aquellos párpados sobre unas pupilas anegadas en angustia? Al cabo de un momento añadió:

—Doy á usted mi palabra.

En aquella cara tan querida, y que él continuaba observando, se pintó una repentina tranquilidad. Antonio, entonces, mostró una sonrisa de indecible angustia y siguió diciendo:

—Ya está usted satisfecha, señorita de Feuilleres. Al convertirme en un extraño para usted no me llevo nada que me dé derecho al menor de sus pensamientos; hasta olvidaré, si ese es su deseo, las horas en que me pareció que alimentábamos el mismo ensue-

no. Su recuerdo será lo más precioso que haya para mí en el mundo, pero prescindiré de él si usted me lo ordena.

—¿Quiere usted que vaya á avisar al médico?, ofreció Le Bray con la cortesía obligatoria.

—El del Sr. de Sebourg, porque nosotras no tenemos. Estamos en París hace tan poco tiempo... Aquí tiene usted las señas del médico que asiste al niño, añadió la condesa escribiendo dos palabras en una tarjeta. Y como usted tiene un coche...

—Voy corriendo, señora.

—¡Ah, mi pobre Sr. Le Bray!, suspiró la condesa, que pareció darse cuenta entonces de la personalidad del joven. La desgracia se encarniza con nosotras. Esos niños, á quienes mi marido quería tanto por ser de su hija Antonieta... Y Cristiana no los querría más si fuesen suyos... ¡Qué responsabilidad!

—Las indisposiciones de los niños rara vez son graves, dijo Le Bray.

Y se marchó, temiendo dejar ver la indiferencia feroz que sentía hacia aquellas molestas criaturas y hasta por la doliente Adriana, cuya melancólica dulzura le agradaba en Feuilleres, pero á la que hacía hoy responsable en parte de las inconsecuencias de su hija.

—¡Cristiana esposa de Sebourg!., pensaba Antonio mientras su coche de punto recorría las interminables calles de Auteuil. ¡Cristiana esposa de Sebourg!.. ¡Es para volverse loco!..

XII

Antonio Le Bray, como todos los seres humanos que sufren, y sobre todo, como los más razonadores y refinados, se encarnizaba en circunscribir su sufrimiento y en determinar ciertas punzadas más agudas, pensando que el resto sería soportable. De este modo se decía:

—Si estuviera seguro de que Cristiana era dichosa y no se sacrificaba á alguna idea falsa ó exagerada de su deber, me resignaría á perderla.

O bien:

—Si no fuera por Sebourg por quien ha cambiado su corazón, me parece que sufriría mejor su abandono. La idea de que esta alma deliciosa ha podido dejarse llevar por la grosera fascinación de un ser tan pesadamente material, es la peor de las torturas.

Peor ó no, la tortura era de las que no se describen y de las que hieren á un desgraciado en todos los puntos de su ser por donde puede sufrir. Antonio había experimentado, hasta un encanto casi sobrehumano, la delicadeza de un amor que tan poco se parecía á las realidades tocadas por él con escepticismo, y tanto al sueño secreto al que dedicaba todo su fervor. Antes de encontrar á Cristiana, no había tenido siquiera la ilusión de amar; desde el primer día en que la vió, no había salido de su pensamiento. Después nació la esperanza, y tembló ante ella como un niño ante el aspecto demasiado maravilloso de la felicidad. Por fin se había adherido á ella por el invencible lazo de lo que daba de sí mismo cuando inclinó su pensamiento ante las manos juntas de aquella niña en oración. El milagro se había realizado tan suavemente, que apenas se dió Antonio cuenta de él. No había sido un golpe fulminante lo que le hizo arrodillarse en el camino de Damasco; pero había probado la alta embriaguez de asociar una esperanza de eternidad al sentimiento más querido que su vida. Además, esa esperanza correspondía en él á unas aspiraciones cuya fuerza ignoraba. ¿Había sido aquel dulce encantamiento más terrenal que divino?.. ¿Quién se atrevería á decirlo? El joven se daba cuenta de que si perdía la criatura adorada, conservaba la huella luminosa que había dejado, al pasar, en su alma. «Al menos, pensaba, conservaré la fe que ella ha querido darme. Dios, que la ha hecho tan perfecta, aceptará el ser adorado á través de ella. Acaso un día no veré más que á El solo. Mientras tanto, me perdonará si es en ella en quien pienso al entrar en las iglesias de pueblo que se parezcan á la de Feuilleres.»

Tales reflexiones inspiraban al pobre muchacho una exaltación con que se anesthesiaba un poco su dolor. Después, si veía de repente en la calle una alta estatura masculina y unos anchos hombros que le recordaban que hay seres de fuerza y de conquista á los que las mujeres ceden á su pesar, Antonio deliraba impulsado por los celos y se sentía atacado por las más bajas sospechas antes de haber podido prevenirlas. Y aun después de haberlas rechazado, se quedaba dolorido, frenético y anheloso.

Una tarde, dos semanas después de su adiós á Cristiana, atravesó una crisis particularmente abominable.

Estaba trabajando en su casa, ó más bien, sintiéndose casi incapaz de trabajar, había distribuido obra á sus dibujantes y encerrádose en su despacho con el pretexto de elaborar un proyecto. Habían pasado horas muy penosas para él. Antonio no podía menos de esperar. ¿Qué?.. Acaso una carta de Cristiana, esperanza nacida de un exceso de sufrimiento, del instintivo deseo de alivio ó de cambiar, al menos, de suplicio. El presentimiento, por absurdo que fuese, de que todo aquello no podía acabar así, de que iba á recibir aquel día una explicación de la joven, empezó por procurarle un poco de calma; pero después su pena fué mayor. Todos los ruidos de la vida, las idas y venidas, las llamadas de la campanilla, amar tillaron á decepciones su creciente fiebre. Cuando cerró la noche—una noche fría de marzo, gris y opaca en el crepúsculo y después de luna pálida y helada—y se encontró en su cuarto delante de su ropa de etiqueta preparada por su criada para una comida, se creyó más cerca de una locura desesperada que de una fiesta mundana.

Se vistió sin embargo. La actividad maquinal parecía su último recurso contra el desarreglo de su corazón y de su voluntad. Cuando estuvo preparado, se dejó poner el gabán de pieles, cogió el bastón y salió.

Su intención era cumplir hasta el fin el rito trivial y vivir durante aquella velada, no su vida tumultuosa y llena de impulsos oscuros, sino la vida convencional del hombre de mundo cuyo traje llevaba y cuyo cubierto estaba marcado por un delicado cartón en una mesa resplandeciente y florida bajo las luces eléctricas.

Salió á pie hacia la avenida Hoche. En el parque Monceau, los árboles silenciosos y desnudos en el aire argentino, las praderas pálidas, el olor agreste y aquel triste cielo en la brillante fase de la luna, cambiaron su resolución. Decididamente, quería vivir su propia vida en aquella atmósfera excitante y glacial como un brebaje. ¿De qué manera? No lo sabía.

Para escribir dos palabras de excusa á las personas que le esperaban á comer, entró en un café, no lejos del *Tattersal*. Hizose servir un plato frío y un poco de cerveza inglesa y envió su carta con un mozo. Después volvió á encontrarse en la calle.

Sin objeto determinado, empezó á andar en dirección á Auteuil. Pasó por el arco de la Estrella y entró en la avenida del Bosque.

El inmenso paseo se extendía casi solitario en una claridad de plata bajo el enorme vacío del cielo. A los dos lados, los macizos hoteles, cuidadosamente cerrados, guardaban como un misterio alguna forma de la alegría ó del dolor humanos, cuyos aspectos son más variados que las hojas de una selva. Algunos presentaban numerosas ventanas iluminadas y la animación de siluetas movibles contra la transparencia de los visillos de tul. Otros no tenían en toda su negra fachada más que la luz filtrada de una discreta lámpara. Otros, en fin, dejaban salir por su luminosa puerta cochera una berlina, detrás de cuyo cristal se vislumbraban palideces de telas y fulgores de alhajas. Las ruedas bajaban de la acera con una sacudida y el coche se marchaba hacia la ciudad. Un lacayo, entonces, cerraba las altas puertas de roble y la noche azulada invadía dulcemente aquel umbral.

Antonio marchaba con paso enérgico, sintiendo merodear en torno de su corazón destrozado los estremecimientos de todas aquellas fiebres desconocidas. En el mal que le quemaba había un poco de las tristezas sin nombre y sin número que se ocultaban bajo las arandelas de las arañas, en el fondo de las habitaciones semiobscuras y entre los tibios almohadones de los correctos carruajes. El mal de vivir le retorció el corazón hasta el espasmo, entre el orgullo impasible de los simulacros humanos, y la indiferencia, mil veces aún más impasible, de la noche espléndida y muda.

En su exaltación nostálgica, no sabía más que una cosa: que iba hacia la casa de Cristiana. ¿Por qué?.. Sin duda porque no podía evitarlo. No tenía intención ninguna de presentarse allí á semejante hora. Por otra parte, ¿volvería allí jamás? No se iniciaba en él ningún proyecto, ni aun insensato. Pero como la incertidumbre sobre las causas de su desgracia era lo que más le torturaba, obedecía á un obscuro deseo de ver, de acercarse, de observar, de adivinar acaso. O era que seguía sencillamente una invencible atracción.

No se le ocurría siquiera la idea de andar más de prisa ó de tomar un coche. Cuanto más largo fuese el camino, más duraría aquella especie de alivio que un alma atormentada obtiene del hecho solo de hacer algo, y la esperanza vaga é imprecisa que nace y se acelera con la acción. Por otra parte, el movimiento en sí mismo, en la estimulante frescura, le producía ya como una saludable embriaguez.

Dirigíase al azar, ignorando el camino, excepto en la orientación general. Cuando llegaba al extremo de la calle Boileau experimentó una sorpresa: el silencio extraordinario de aquel barrio impresionante. Debía de ser muy tarde, y Antonio sintió cierto embarazo por encontrarse allí y un remordimiento como si cometiera una falta de delicadeza. Pero pensó que Cristiana ignoraría siempre su extraño paso. No corría ningún riesgo de encontrarla; las dos mujeres, en duelo, no saldrían por la noche.

De repente, se encontró enfrente de la casa. ¡Qué inaccesible le pareció, al otro lado de la verja cerrada, con su jardín agreste, con un lado blanco de luna y otro negro de sombra, igualmente herméticos bajo las persianas cerradas!

El joven creyó ver luz en una de las ventanas; pero el brillo de aquella noche pura, inundada de un resplandor dudoso, le impidió cerciorarse.

No hubiera creído experimentar al mismo tiempo tanta dulzura y tanta angustia ante una contemplación imaginada de antemano tan claramente. ¿Qué hay, pues, en las cosas?.. ¿Por qué aquellos muros,

que no le entregaban nada y cuyo aspecto se había figurado cien veces, le fascinaban como por un encanto de magia?

Llevaba ya un rato inmóvil en sus reflexiones, sin poder arrancarse á ellas, cuando se produjo un hecho tan inesperado, que el estupor clavó á Antonio en el suelo impidiéndole hacer un movimiento. La puerta de la casa se abrió y se cerró. Un hombre, á quien no acompañaba siquiera alguna criada, atravesó el jardín, pasó la verja, la cerró de golpe como si estuviera en su casa ó en una morada familiar, y sin volver la cabeza ni reparar en Antonio, que estaba parado enfrente, en la sombra, se alejó con paso vivo. Era Gerardo de Sebourg.

Iba Gerardo á un paso tan desordenado, que Antonio hubiera sospechado, á no conocerle tan bien, que había creído ser visto por su rival y huía de él; pero no había ningún peligro que hiciese volver la espalda y precipitar la carrera á aquel hombre audaz. El que le seguía no se preguntó siquiera la razón de tal prisa, y sólo trató de adelantarse á las zancadas del gigante, cuya alta estatura parecía aumentada por su desmesurada sombra en la luz lunar. Antonio no quería ponerle en guardia por un galope ostensible detrás de él, sino sorprenderle á su vez y hacerle sufrir el sobresalto deprimente que él mismo acababa de experimentar... Y en ese sacudimiento, arrancar á su naturaleza impetuosa un grito que fijara su antagonismo y que permitiera la lucha...

El sitio á que llegaban facilitó esa maniobra. La calle Boileau va á parar al *boulevard* Exelmans, que, desde la estación de Auteuil hasta la de Point-du-Jour, tiene en medio el viaducto del ferrocarril de circunvalación. Arcadas extrañas, que la hora hacía siniestras, con el juego de las blancuras de luna y las negruras de sombra entre los fuertes pilares. Sospechoso refugio para los conciliábulos de amor y de crimen que agrupan allí, aun en pleno día, ágiles y furtivas siluetas. La proximidad de téticos arrabales y de las casuchas que ocultan las fortificaciones aumenta el horror de aquella lúgubre construcción, cuya vasta curva ofrece, sin embargo, una especie de grandeza babilónica bajo la limpidez del espacio.

¿Adónde iba Gerardo? ¿Por qué se metía por aquellas bóvedas de emboscada en vez de seguir la acera descubierta? Tales cuestiones no preocuparon á Antonio mientras veía disminuir la distancia entre ellos. Unos saltos más y le alcanzaba. Pasó un instante, y llegó á tocarle. Su mano violenta se levantó y se crispó sobre el hombro de Gerardo...

—¡Sebourg!..

El que huía hacía un instante con loca prisa, se detuvo y se volvió. Su cara mortalmente pálida surgió en un rayo glacial que la palideció más todavía. Los huecos oscuros de los ojos y la línea sombría del bigote se destacaban sobre aquella máscara lívida, cuya tristeza detuvo hasta la cólera que se precipitaba hacia él.

—¿De dónde vienes?.. ¿Qué haces aquí?, preguntó Antonio aterrado por aquella aparición.

—No lo sé, balbuceó el otro con extravío. No lo sé... Me voy por... no ver morir... á mi hija...

—¡Oh!..

La niña... Roberta... Su indisposición de hacía unos días... Antonio no se había vuelto á acordar de semejante cosa. Aquella bonita niña, tan llena de vida, tan voluntariosa, con su aspecto de princesita bizantina, no sabía cómo la adoraba su padre... Antonio exclamó movido á piedad:

—¡Pobre Gerardo!..

—Déjame, dijo éste con voz ronca y horriblemente quebrantada, déjame marcharme...

—¿Pero adónde vas?

—¿Qué sé yo?..

—Te engañas sin duda... Todavía hay esperanza... No se ha acabado todo.

—Para mí, sí.

—¡Cómo!.. ¿Para ti?..

—Soy un desgraciado, Antonio. Estoy maldito...

Aquel gran cuerpo de tan prodigiosa resistencia se conmovió de pies á cabeza con un estremecimiento de atroz dolor. Antonio, estupefacto, pensó que se iba á caer. Al mismo tiempo, Sebourg se llevó las dos manos á los ojos y dejó escapar un sollozo.

—Oye, le dijo su amigo. A la edad de tu hija se producen milagros... Y si está cuidada por Cristiana...

Aquel nombre produjo en el infortunado un efecto mágico. Descubriendo su cara convulsa, por la que rodaban gruesas lágrimas, cogió el brazo de Antonio.

—Cristiana..., dijo, Cristiana..., repitiendo ese nombre con un fervor infinitamente doloroso. ¡Ah, no sabes!..

Inclinó la cabeza y después siguió diciendo en una explosión, como si su corazón estallase:

—¡Si la cuida!.. Se la está disputando á Dios, que quiere quitármela para castigarme; se la disputa hora

á hora, minuto á minuto... La fiebre tifoidea es horrosa en aquel cuerpecito delicado... No puedes imaginar qué abominación... Es un combate de todos los segundos... Siempre hay que hacer alguna cosa; baños helados, inyecciones, crisis que espian... Una negligencia, y todo acabaría. Cristiana, siempre en la brecha, no ha descansado un instante hace diez días. Los médicos están asombrados de su valor y de su presencia de ánimo... Dos veces han creído que había salvado á Roberta, ella, ella sola; no los médicos. Hace esto por mi hija... y yo me he portado con ella como un miserable... A causa de mi hija, soporta mi presencia, que es para ella un suplicio. Porque me odia, y con mucha razón...

—¿Te odia?.., exclamó Antonio.

Desde el fondo de su angustia, Gerardo percibió la alegría, en vano disimulada, de aquella exclamación. Hubo en él un estremecimiento, sus ojos se agrandaron y echaron llamas y sus mandíbulas se cerraron violentamente; pero aquella fué la última rebelión del antiguo hombre, cuyas facciones se apaciguaron con una sonrisa de tristeza.

—Naturalmente... , puesto que te ama.

—¡A mí!., murmuró Antonio.

—Preciso es que yo lo admita... ¿No debo realizar su dicha después de lo que acaba de hacer por mí, su peor enemigo?.. Cristiana conoce la sinceridad de mi arrepentimiento. He besado el borde de su falda y le he pedido perdón de rodillas junto á la cama en que mi hija se está muriendo... Ella me perdona, esa santa... Pero no me perdona Dios...

—¡Pobre amigo mío!, exclamó Antonio cogiéndole el brazo. Eso no es posible; tu Roberta vivirá... Ven, vuélvete, acaso está mejor en este momento. ¿Por qué te ibas?

Sebourg se lo explicó en frases entrecortadas por los sollozos. Aquella noche había habido consulta. La niña permanecía inerte y los reactivos no despertaban ya en aquel organismo aniquilado la más pequeña excitación vital. Era el fin; no había nada que hacer ni que esperar. El último suspiro se exhalaría antes del alba. A no ser que...

—¿Lo ves?.. Todavía hay una esperanza, exclamó Antonio.

—¡Es tan débil!, dijo Gerardo moviendo la cabeza. Los médicos la han dado por lástima. «Si la niña, me han dicho, recobra por sí misma el conocimiento por un gesto, por una palabra, aunque sea por una queja... Entonces... puede ser...» He espiado el menor movimiento de aquella pobre carita... ¡Oh!.. Creía verla disolverse y amenguarse más y más... Ha llegado un momento en que me han faltado las fuerzas... y me he escapado como un loco.

—Ven, dijo Le Bray, que le empujó

Los dos volvieron lentamente. Sebourg se apoyaba en el brazo de Antonio crispando en él la mano hasta hacerle daño, menos para buscar un punto de apoyo—aquel robusto organismo ignoraba los desfallecimientos—que para retenerle. Hubiera querido no llegar jamás al fin de aquella acera desierta en la que llovía una claridad azulada. La tardanza era todavía un poco de esperanza, de esa esperanza insensata que él suponía no admitir y que le llenaba como el aire que respiramos á pesar nuestro. Al pasar aquella verja cerrada, aparecería la ineluctable realidad.

El espanto de llegar hizo que Sebourg buscara por instinto una dilación. Acaso también las palabras que brotaron de sus labios y que él acentuó, obligando á Antonio á detenerse por instantes para oírlas mejor, expresaron una necesidad de contrición, de orgullo inmolado, de sacrificio ofrecido, que evitasen el castigo cuando era tiempo todavía.

—¡Ah! Si se pudiera borrar y rescatar el mal que uno hace... Pero nada puede quitar del corazón de Cristiana el dolor que le he causado. He obrado como un cobarde hiriéndola para siempre con una revelación irreparable. ¿Cómo pudieron salir aquellas palabras de mi boca?.. ¡Dios mío!.. Durante una hora cesé de ser un hombre honrado... ¿Qué digo?.., de ser un hombre, sencillamente. Me dió á entender que te amaba y no fui ya dueño de mí mismo.

Antonio escuchaba con tembloroso interés. ¿Qué consecuencias tendría aquella acción oscura de la que Gerardo parecía arrepentirse con tal sinceridad? ¿Crearía un obstáculo insuperable para la dicha que empezaba de nuevo á vislumbrar? Y, al mismo tiempo, sabía que era amado. ¡Qué delicia y qué angustia! No replicó nada, sin embargo. Le repugnaba toda preocupación personal junto á aquel desgraciado á quien la imagen de su hija moribunda arrancaba una dolorosa confesión.

—En cuanto á las consecuencias materiales, he hecho lo que he podido, continuó Gerardo como si hubiera vaciado en alta voz su conciencia y sin cuidarse de ser comprensible. He pronunciado un voto solemne y he renunciado á Feuilleres para mí y para

los míos. He conjurado á Cristiana á jurar conmigo ante Dios que no abandonaría la casa de sus antepasados... De otro modo traería la desgracia á mi hija y haría caer sobre nosotros el rayo que yo había atraído y quería apartar en la medida de lo posible... ¡Lo que he tenido que implorarla!.. Cristiana no quería, pero ha acabado de ver que el exceso de su delicadeza se convertía en la peor injuria para mí y era un ultraje que yo no merecía... ¿Acaso había dictado mi conducta el interés?.. Sería yo el más abyecto de los seres. Lo que quería conquistar por cualquier medio era ella, y puesto que nunca llegaría á ser mía, no me quedaba más que la vergüenza y el pesar de mi mala acción; tenía derecho, por lo tanto, á que se me dejase restituir esa finca maldita que trae la desgracia á mis hijos.

Y Gerardo añadió cambiando de tono:

—Porque también Francisco ha estado muy malo y su convalecencia no va como yo quisiera. ¿No lo sabías?

El ruido de un coche, aumentado por el sonoro silencio de aquel barrio y de aquella hora, suspendió la respuesta de Antonio. En el momento en que los dos amigos llegaban á la casa de las señoras de Feuilleres, una berlina se paró en la puerta. Sebourg se lanzó hacia un hombre que acababa de apearse.

—¡Doctor! ¡Usted por aquí, después de las doce!.. ¿Tiene usted entonces esperanza?

—¿Salía usted para ir á buscarme? ¿Qué pasa?, preguntó el médico.

Y sin esperar la explicación, al ver que la puerta se abría, el doctor subió la escalera, habituado ya á aquel trayecto. El padre, con la vista sombría y fija y las mandíbulas contraídas, le siguió como un condenado á muerte sigue al sacerdote hacia el lugar del suplicio.

Antonio titubeó antes de pasar la verja y después en el vestíbulo. Nadie le detuvo y como su corazón velaba delante de él, subió también la escalera con los otros dos hombres.

En medio de una vasta habitación, no amueblada todavía, á no ser que se la hubiera desamueblado adrede, se veía una estrecha cama de hierro plateado, en la que estaba acostada Roberta. Una mesa, un baño de niño y unas cuantas sillas completaban aquel decorado de enfermería. Todo estaba al principio un poco indistinto á la tónica claridad de una lamparilla, pero se subió la mecha de una lámpara y se encendió otra...

Entonces vió Antonio dos cosas inolvidables: la carita lívida, inmóvil en la almohada, de aquella linda niña que estaba desconocida con los huesos salientes bajo la piel, la nariz contraída, los labios exangües y los pesados rizos cortados al azar y reducidos á mechones desiguales para desahogar la cabeza dolorida y siempre reluciente de sudor. Después fué la vista de Cristiana, también descañada y pálida, pero de una belleza más conmovedora con su gran delantal sobre la falda negra y las hombreras de lienzo, que ajustaban una chaquetilla de franela blanca.

Sus ojos, agrandados por las ojeras y por la delgadez de las facciones, se encontraron pronto con los de Antonio y se dulcificaron, pero sin extrañeza. El peligro de la niña traía la visita del amigo. Cristiana había perdido la noción de la hora, y no se le ocurrió ni un pensamiento para ella misma.

—¿Ningún cambio?, preguntó el doctor.

—Ninguno.

El médico se acercó, y levantó con un dedo los párpados de la enfermita, que volvieron á caer inertes. El médico no hizo ninguna reflexión y permaneció en pie mirando, mordiéndose el labio inferior y pasándose la mano por la barba. El padre no preguntó nada y se dejó caer en una silla baja, donde se encontró montado, con los brazos en el respaldo, la barbilla en las manos y los ojos fijos en su hija. Cristiana y Antonio no pudieron contemplar mucho tiempo lo que había en aquellos ojos; separaron de ellos los suyos y cambiaron una rápida mirada, después de lo cual observaron á la niña, admirados de que el médico no hubiera dicho todavía: «Se acabó.»

Ahora bien: en aquel recogimiento desesperado, en aquel silencio absoluto, en aquella tensión ardiente de los corazones, de los que emanan acaso fuerzas misteriosas, he aquí lo que pasó:

Un movimiento tan débil que apenas fué perceptible, agitó la sábana hacia el pecho de Roberta, y al poco rato se repitió más distinto y subió hacia la barbilla. Cristiana, á una seña del médico, bajó un poco las ropas, y entonces se vió cómo se desprendía una manita casi inverosímil de fragilidad, cuyos ligeros dedos se extendían para no se sabe qué dulce señal.

Es imposible pintar la emoción producida por aquella manita, en la que se volvía á ver la voluntad de vivir y que permanecía suspendida como para

anunciar una buena noticia á los que allí estaban. A no ser que les pidiera que la sostuviesen en el camino de horrorosa sombra por el que se iba su alma inocente.

Gerardo hundió la frente entre sus brazos y rompió á sollozar.

Una mano le tocó en el hombro.

—¡Cállese usted!.. Cállese y mire!..

Antes de que hubiera tenido tiempo de ver nada á través de sus lágrimas, oyó un sonido que le conmovió hasta el fondo de las entrañas y que él atribuyó á un vértigo. Una voz imperceptible como un aliento acababa de murmurar: «¡Papá!..» Y cuando le acercaron, aturdido é incrédulo, á la cama, vió los ojos de Roberta desmesuradamente abiertos en su lívida cara, y que le reconocían.

—Márchense ustedes todos, dijo el doctor, al ver que la puerta se abría y que se presentaba una doncella seguida por la condesa.

—Tengo casi la seguridad de que la niña está salvada. Pero con la condición de que no se quede aquí nadie más que la señorita de Feuilleres y yo.

—¿No puedo ser útil en nada? ¿No puedo ayudar á Cristiana, que debe estar muerta de fatiga?, dijo el padre.

—Nadie puede ayudar á esta señorita, dijo el doctor; apenas puedo yo. Mi ciencia no es nada al lado de una abnegación tan tenaz y tan inteligente como la suya; á ella deberá usted su hija, Sr. de Sebourg.

Gerardo se dirigió hacia Cristiana, inclinado delante de ella su alta estatura é hincó una rodilla en tierra. Los presentes vieron su altanera y ruda cara cubrirse de humildad, mientras él bajaba los párpados y levantaba para rozarla con su frente la mano pendiente de la joven.

Todos creyeron en un fervor de gratitud; pero sintieron estremecerse allí sentimientos más complicados y significaciones más profundas cuando se oyó esta palabra, vibrante de turbación, arrancada á las fibras profundas de un alma fuera de sí misma:

—¡Perdón!

XIII

El invierno acaba y se anuncia la primavera en el jardinillo agreste de la calle de Boileau, poniendo en él ese encanto delicioso de que es susceptible el más estrecho rincón de tierra y que conmueve, acaso, más en una naturaleza cautiva. Un tierno verdor se estremece en las ramas de algunos árboles, velando las casas próximas y dando una ilusión de bosque. Junto á la verja florecen las lilas y un codoso columpia sus racimos de oro; un castaño sorprende con sus tirsos color de rosa, y las violetas florecen hasta en medio de las calles, cuyo dibujo acaba de borrarse más completamente bajo el brote de la hierba.

Roberta de Sebourg, ya curada, se había marchado con su padre, para buscar para ella y para su hermano Francisco un aire más vivificante que el de París, á fin de favorecer su convalecencia.

En aquella alegre tarde de abril, en la que los colores eran tan nuevos y tan lindos, Cristiana y Antonio, sentados en un banco en medio del bonito desorden del jardinillo y entre los gorjeos de los pájaros, escuchaban por fin libremente la voz de su juventud, de su amor y de la dicha que les estaba permitida.

En el corazón de la joven pesaba todavía un escrúpulo que iba á ser disipado de un modo que ella no preveía.

—Sí, decía á Antonio, puedo aceptar el ser su esposa; no arriesgo ya el exponer su delicadeza y su orgullo á luchas y humillaciones indignas de usted, pues las dificultades de familia suscitadas por mi cuñado han sido suprimidas por él y no podía obstinarme, ni por desinterés, en mantener sus consecuencias. Mi actitud hubiera sido injustamente insultante para Gerardo, el cual, por otra parte, hubiera rechazado mis sacrificios. Puesto que mi conciencia no se oponía, he debido volver á la voluntad de mi padre. He debido también, añadió con un rubor y una sonrisa llenos de gracia, cuidar de un porvenir que ya no era solamente mío, puesto que le compartiré con usted.

—Querida Cristiana..., murmuró apasionadamente su prometido.

—Además... he pensado en mi madre..., dijo Cristiana con dolorosa gravedad.

Movió la cabeza, como para apartar de la mente alguna cosa imposible de enunciar, y continuó:

—Todo está, pues, restablecido en el orden, al menos en lo que llamaré el orden humano. Volverá usted á encontrar, querido Antonio, la misma Cristiana que conocía y—añadió con una adorable mirada—que amaba en vida de mi padre. La tormenta, que me hizo ser para con usted tan diferente de mí misma, se ha calmado y no volverá; sin embargo, ha dejado en el fondo de mi alma un dolor y un secreto.

¿Quién me hubiera dicho que al entregarme á usted con toda la sinceridad de mi ser, estaría obligada á reservar para mí un pensamiento?.. ¡Ay! Necesito tanto valor para callarlo como necesitaría para decirlo, y no distingo cuál es mi deber. ¡Qué lejos está mi intransigente orgullo!.. No vea la verdad más que en mi raza, en mi casa, en mí misma... La fuerza del pasado me hacía levantar la frente y me desataba los labios. Hoy, esta misma fuerza me hace doblar la cabeza y me sella la boca. Ningún ser humano puede jactarse de poseer la luz; todos vamos á ciegas y expuestos á los mismos errores y á las mismas caídas. Ciertamente sigo creyendo en una revelación eterna, pero ninguna revelación es absoluta cuando ha pasado por nuestros corazones inciertos. He querido enseñar á usted á rezar, y su oración sin fórmula era más cristiana que la mía, porque era más generosa y más humilde. Respetemos todas las creencias, hasta la duda; ningún dogma está por encima de la tolerancia y de la bondad.

—El Evangelio lo ha dicho, afirmó Antonio. Es su frase más divina: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Calláronse un momento, y Cristiana siguió diciendo con voz conmovida:

—Tengo, sin embargo, la buena voluntad de decirselo á usted todo, pero una potencia superior me detiene. ¿Qué hacer? Es para mí un sufrimiento intolerable tener un secreto para usted; y si hablo, me parece que haré traición á los míos. Antonio, venga usted en mi ayuda; nuestra felicidad depende de eso.

El joven fijó dulcemente la mirada en los ojos sombríos que apelaban á él con más ardor todavía que los cándidos labios.

—Cristiana... Alma querida, transparente y pura... Si dijese á usted que conozco su secreto ó, al menos, que lo adivino..., ¿se sentiría usted aliviada?

La joven retrocedió, un poco anhelosa, con los ojos muy abiertos, vaciló un segundo y pronunció en tono firme:

—Sí.

Antonio sonrió con alegre gravedad.

Cristiana exclamó:

—Lo he temido cuando no debíamos ser el uno para el otro. Ahora, por el contrario, lo deseo. Pero... (una reflexión suspendió su frase; sus facciones se ensombrecieron). ¿Cómo lo sabe usted? ¿Fue Antonieta quien le hizo esa revelación?

—Sí..., hasta cierto punto.

—¡Antonio!.. Me había usted dado su palabra de honor...

—Podía darla. Su hermana de usted no me reveló al morir nada preciso, y yo tenía el derecho estricto y sagrado de enterrar en lo más profundo de mí mismo, de olvidar, si era posible, lo que había pasado entre ella y yo, desde el momento en que usted no debía ser mi esposa.

—¿Y ahora que debo serlo?, preguntó Cristiana con radiante vivacidad.

—Ya no tengo nada que ocultar á usted, Cristiana querida. ¿Pero no le basta á usted?..

—No; dígame todo.

—Sabe usted lo que más nos importa. Su hermana había adivinado nuestro sentimiento recíproco, medía la fuerza que tenía en mí y sabía hasta qué punto le era á usted adicto.

—Sí; y qué más...

—Apeló á esa abnegación, por si un día le era á usted necesaria.

—¿En qué circunstancias? ¿Cómo? ¿Qué le dijo á usted?

—Cristiana... Ahorrémonos la delicadeza de esta explicación. Tuve solamente la dicha de expresarle...

—Repítamelo usted todo, ordenó Cristiana.

El joven no pudo excusarse más y despertó en pocas palabras el recuerdo de la trágica escena. Antonieta, sintiéndose morir y con el alma más quebrantada que el cuerpo por la traición de su marido, estaba transida de espanto ante la idea de que ese marido poseía un secreto temible, del que usaría, acaso, contra su padre y contra su hermana cuando ella no existiese. Sin duda la desgraciada, en el desastre de su felicidad conyugal y en el extravío de la hora suprema, había visto con colores nuevos y terribles el carácter de Gerardo. Sintió, acaso, remordimiento por haber puesto en sus manos unas armas de las que podría servirse en su nombre para una acción que la proximidad de la muerte le hacía juzgar abominable, y entonces, enloquecida, había llamado á Antonio para decirle: «Cristiana, á quien usted ama, puede encontrarse un día en una situación atroz por culpa de Gerardo. Tengo miedo de este hombre. Protéjala usted contra él. Si llegase á intentar un pleito á los míos, invocando una circunstancia de familia que no puedo revelar, interpóngase usted para afirmar que yo lo desapruébo.» A fin de que hubiese una prueba de esta última voluntad, Antonieta quiso escribir y firmar una declaración en ese sentido; mientras la mujer del guarda, en cuya cama agonizaba la pobre Antonieta, iba á buscar un lápiz, la moribunda añadió á sus ruegos una petición. Pero en este punto del relato, Antonio se calló, y fué precisa toda la insistencia de Cristiana para que siguiese diciendo:

—Su hermana de usted suspiró, con voz tan poco inteligible que tuve que inclinarme para oírla: «Moriría tranquila si supiera que ninguna prueba le separará á usted de ella.—Ninguna, lo juro, exclamé, si Cristiana se digna aceptar el don de mi vida.—Cristiana ama á usted...,» pronunció distintamente la moribunda.

Los ojos de Cristiana se llenaron de lágrimas, mientras toda su alma estaba pendiente de las palabras de Antonio.

—Tuve entonces, continuó éste, tal movimiento

de entusiasmo, que Antonieta fijó en mí una mirada casi viva y me dijo con voz reanimada de repente: «¿Le será usted fiel suceda lo que quiera?.. Aunque perdiese padres, nombre y fortuna y no fuese ya la señorita de Feuilleres?..» Encontré sin duda, murmuró Le Bray con el acento de confusión con que hubiese confesado un exceso de audacia, expresiones capaces de tranquilizar su corazón y de mostrarle lo que ardía en el mío, pues tuvo una tranquila é inefable sonrisa y me llamó «hermano mío.» Ya ve usted, Cristiana, añadió el joven en tono implorante y como si se excusara, que me he encontrado iniciado á mi pesar en la intimidad de su familia. He podido presentir un misterio, y sin embargo, dar mi palabra de honor de que no le conocía y de que era usted la única dueña de ese secreto como lo era de su corazón.

Se calló bajando la cabeza.

Cristiana profirió un grito bajo y profundo.

—¡Antonio!

Aquella cara finamente varonil se volvió hacia ella con una tierna timidez que aumentó la emoción de la joven.

—De modo, dijo, que en Feuilleres, cuando yo ponía orgullosamente entre nosotros barreras morales, cuando hablaba de las tradiciones de mi casta y suponía poseer, con los míos, la más alta verdad...

—Expresaba usted su ideal, interrumpió vivamente Antonio. Ese ideal era hermoso y semejante á su alma. ¿Cómo había usted de saber que la debilidad humana le hace á veces imposible de realizar? ¡Ah! ¡Cuánto amaba á usted por ser así!..

—Y en esta misma casa, cuando mi orgullo le alejaba á usted para siempre, cuando rehusaba su ayuda antes que mostrarle mi angustia y arrastrarle en mis peligros...

—Si los hubiera previsto, exclamó Antonio, hubiera tenido el atrevimiento de imponer á usted mi protección. Pero Antonieta me había hecho temer para usted el odio de Gerardo, y usted me revelaba su amor; había hablado de luchas y pleitos, y los veía á ustedes de acuerdo; declaraba usted que obraba de grado y libre de toda presión, y yo no tenía más que callarme.

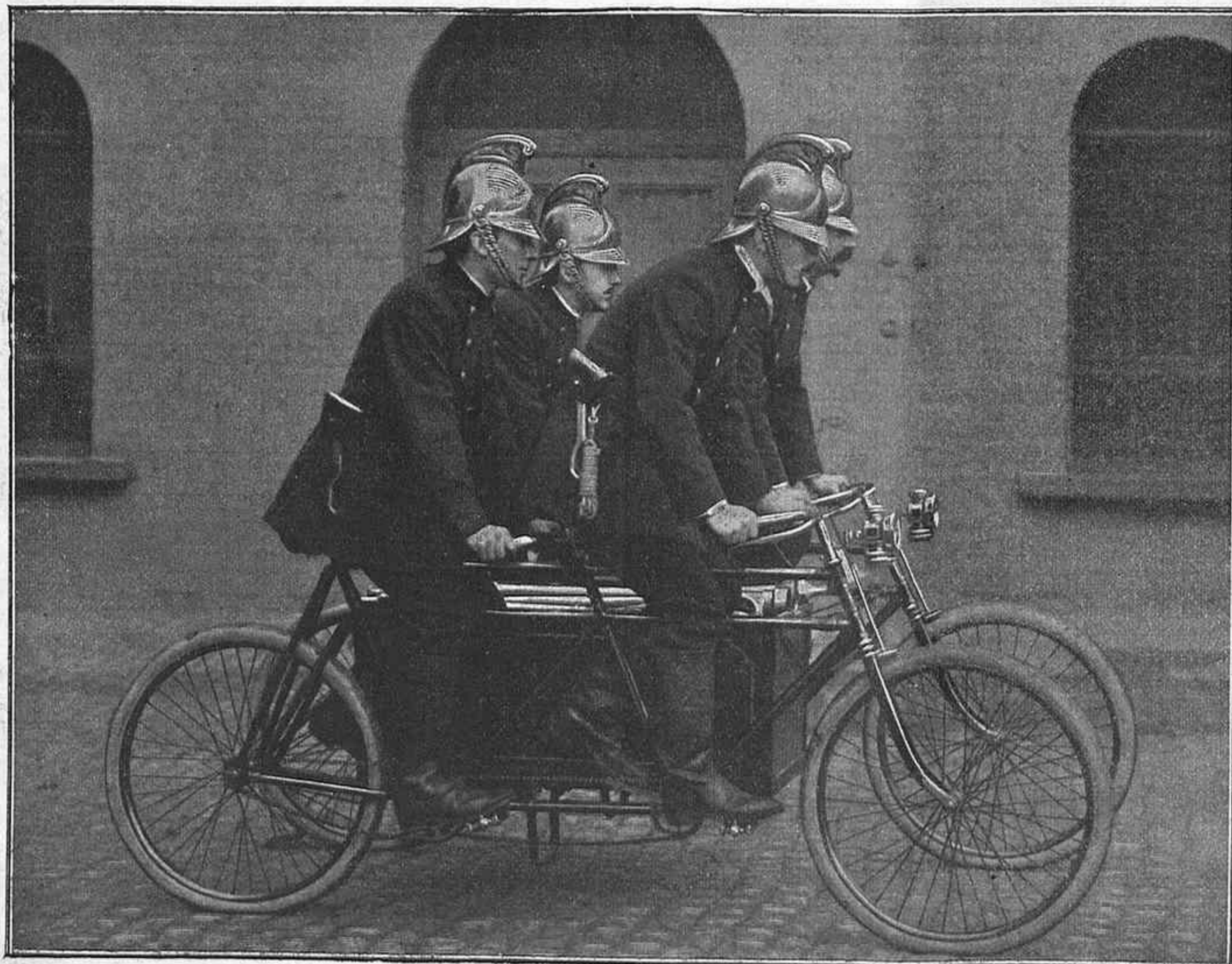
—¡Oh! Antonio... Lo que usted callaba era que había jurado á mi hermana moribunda casarse conmigo aun dolorida por la peor catástrofe, falta de todo y sin derecho al nombre de que estaba yo tan orgullosa. Para ocultarme tal generosidad me dió usted noblemente su palabra de honor.

—¡Cristiana!.. ¡Cristiana mía adorada!.. ¿No sabe usted cuánto la amo?

—¡Qué amor!.., murmuró la joven.

Dejó caer la frente en el hombro de Antonio, y los dos unieron sus manos en silencio, con el alma deslumbrada por maravillosa ternura.

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.



CUADRICICLO PARA BOMBEROS EMPLEADO EN INGLATERRA É INVENTADO POR MR. MERRYWEATHER

EL USO DE LOS CICLOS

EN LOS CUERPOS DE BOMBEROS

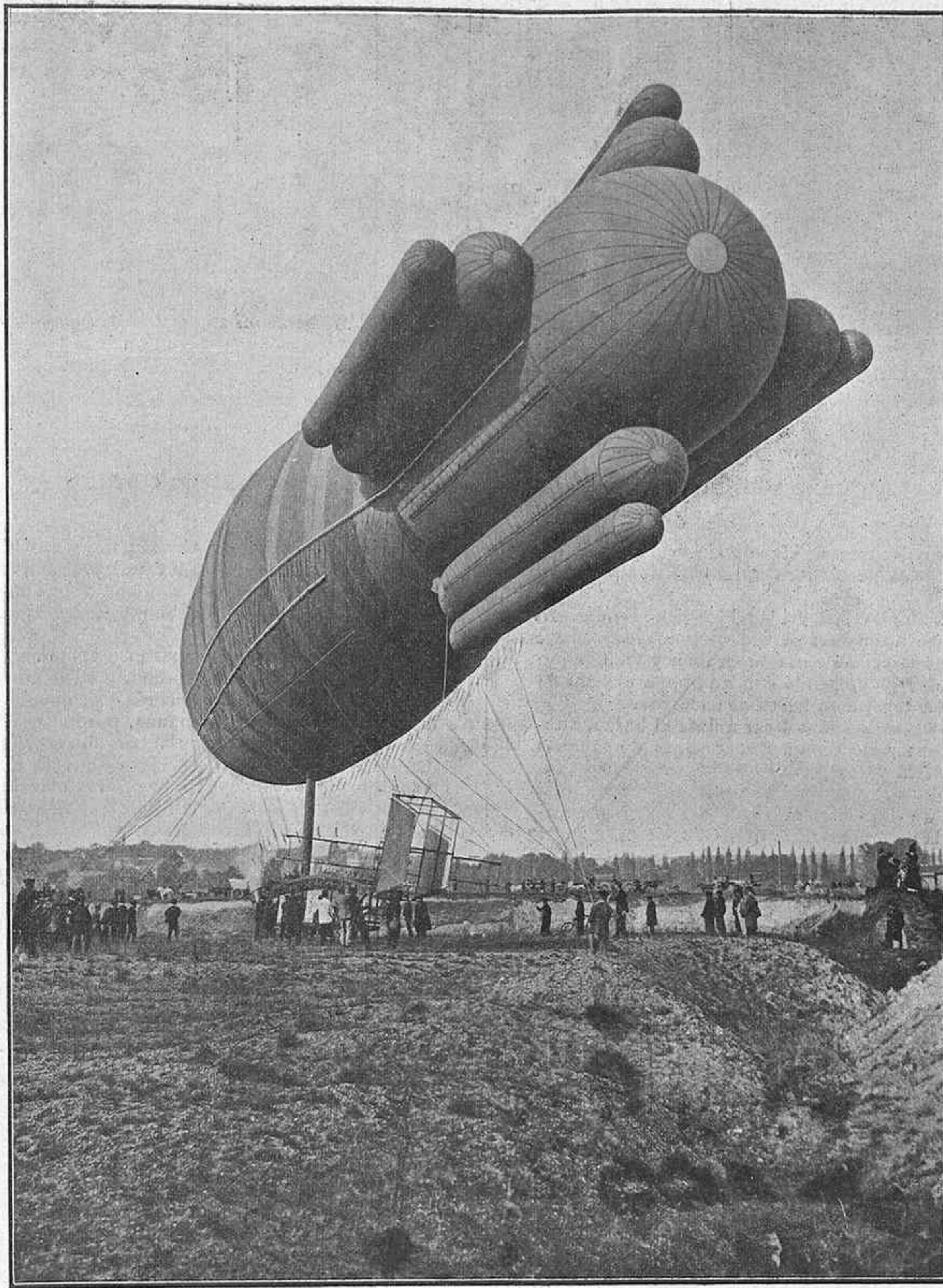
Los bomberos de Londres y los de la mayoría de las ciudades inglesas emplean con mucha frecuencia la bicicleta para trasladarse al sitio de los siniestros señalados como de escasa monta. A menudo se encuentran uno ó varios bomberos pedaleando en sus ciclos, con la destal á un lado y el manajo de cuerda atado á la cintura. En tales casos se trata de incendios de poca monta para los cuales no es necesario poner en movimiento un material más importante.

Los bomberos alemanes son también habilísimos ciclistas. Los de Altona usan un tipo de motocicleta construido expresamente para ellos que les presta grandes servicios; este aparato, utilizado especialmente por el jefe de brigada y por su estado mayor, está provisto de un motor de tres caballos y transporta dos hombres con tal velocidad que, gracias á él, el comandante y un bombero pueden llegar al lugar del siniestro mucho antes que los aparatos de socorro, lo cual permite al jefe examinar la situación, adoptar sus disposiciones y formar el plan de combate, que ejecutará sin pérdida de momento en cuanto lleguen las bombas, escalas, etc. No es necesario encarecer las ventajas de esa rapidez, pues es sabido que en la lucha contra el fuego, los instantes son preciosos, y el ganar algunos minutos puede á veces evitar grandes catástrofes.

Los bomberos suizos y belgas hacen también gran uso de la bicicleta, pero seguramente son los de Inglaterra los que más se sirven de esa máquina, que transforman de mil maneras á fin de sacar de ella el

mayor partido posible y hacer que responda en la mayor medida á sus necesidades especiales. En las brigadas provinciales y en el campo la bicicleta es más útil aún á los bomberos que en las ciudades, en donde los retenes de socorro son generalmente numerosos y están cerca unos de otros.

El ingeniero Merryweather, inventor de una serie de construcciones automóviles aplicadas á la lucha contra el incendio, lo es también del cuadríciclo que reproduce el grabado de la página anterior. Esa máquina, muy práctica, puede ser utilizada en muchas circunstancias, pues permite el transporte rápido de cuatro bomberos con herramientas, mangueras y aparatos de poco peso á cierta distancia por cuevas, caminos difíciles y vías mal conservadas, como las rurales y las sendas que atraviesan los campos. El aparato, que responde perfectamente á las necesidades de las compañías en el campo y en las pequeñas poblaciones, se compone de dos tandems paralelos entre los cuales hay un gran cajón de madera con anillos de acero. El conjunto de ese vehículo es muy fuerte y resistente, y está construido á propósito para tareas pesadas; no es un cuadríciclo de lujo ni siquiera de carreras, sino que es, por el contrario, un aparato rudo y macizo destinado á transportar al mismo tiempo que los cuatro bomberos ciclistas un material pesado, compuesto de cubos de tela, 200 metros de manguera de tela de Sajonia con sus enchufes, dos ó tres lanzas, un trípode de aluminio, llaves, herramientas y un juego completo de instrumentos especiales. Además cada ciclista lleva un destrial y una cuerda.—D.



EL NUEVO AERÓSTATO DIRIGIBLE «VILLE DE PARÍS,» DE M. ENRIQUE DEUTSCH, recientemente ensayado en Sartrouville (Sena y Oise). (De fotografía de M. Branger.)

EL NUEVO GLOBO DIRIGIBLE

«VILLE DE PARÍS»

Recientemente se han efectuado en los alrededores de París algunas pruebas de situación y á la mano de ese nuevo aeróstato construído en Sartrouville por M. Surcouf, por encargo del aeronauta Enrique Deutsch.

La forma de ese globo es sumamente original: por la proa termina en punta y por la popa en un cilindro enorme flanqueado por varios pequeños globos cilíndricos apareados, cuyo objeto es aumentar la estabilidad del aparato, evitar el temible cabeceo y asegurar la permanencia de dirección. Su longitud total es de 62 metros, su diámetro máximo de 10'50 y su volumen total de 3.200 metros cúbicos.

La envoltura es de tela de caucho con forro protector interior. La barquilla, suspendida por medio de una red triangular, consiste en una viga armada de 32 metros de largo, en la que está situado el motor de cuatro cilindros y 70 caballos de fuerza. La hélice funciona por medio de un engranaje de reducción y constituye una de las particularidades más interesantes del nuevo aeróstato; se compone de dos ramas articuladas libremente en el cubo que bajo la acción de los diversos esfuerzos de impulsión tomarán automáticamente la posición inclinada resultante. Este nuevo modelo ha permitido instalar una hélice de un diámetro superior á seis metros, de una rigidez absoluta y de una ligereza extraordinaria.

Cuando escribimos estas líneas, no han podido realizarse todavía, á causa del viento, las pruebas decisivas de ese nuevo aeróstato.—S.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

VINO AROUD

CARNE-QUINA
 el mas reconstituyente soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago* y de los *Intestinos*, *Convalecencias*, *Continuación de Partos*, *Movimientos febriles* é *Influenza*.
 Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
 Célebre Depurativo Vegetal
 EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
 Vendose en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
 Sucesor de
 BOYVEAU-LAFFECTEUR.
 Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
 EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
 FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



El teniente Fepoux



Bardane



Ollivier



Fortain



Maingault



El alférez Millot

Algunas víctimas de la catástrofe del submarino francés «Lutin.»

La desgracia pesa sobre los submarinos franceses. Hace poco más de un año, perdióse en aguas de Bizerta al *Farfadet*; el 16 de octubre último ha desaparecido allí mismo el *Lutin*.

Había éste salido á practicar ejercicios en alta mar, y á las doce y media efectuó su inmersión en condiciones aparentemente normales; pero el remolcador *Iskeul*, que le convoyaba, esperó en vano á que reapareciese en la superficie, y viendo que el tiempo pasaba y el submarino seguía sumergido, señaló con una boya el sitio de la desaparición y regresó apresuradamente á Bizerta en busca de socorros.

Practicáronse en seguida los trabajos necesarios para sacar á flote al barco, aunque sin esperanza de salvar á la tripulación; y efectivamente, después de muchas exploraciones, en las que tomaron parte activa varios buques de guerra ingleses enviados por el Almirantazgo inglés desde Malta, se pudo encontrar el submarino, á 36 metros de profundidad, y por medio de un dique flotante fué levantado paulatinamente y remolcado hacia la costa. En la mañana del 26 el *Lutin* entraba en el dique de carena de Bizerta.

Fué un espectáculo conmovedor: apenas el semáforo anunció el dique flotante,

remolcado por el vapor *Cyclope*, todas las banderas de los buques y de los edificios públicos se pusieron á media asta y una multitud numerosa se situó en los muelles, en medio de un profundo silencio. Al pasar el dique, que arrastraba al submarino, todos se descubrieron y el buque de guerra *Phlegéton* disparó una salva de veintidós cañonazos.

Al día siguiente efectuáronse las maniobras necesarias para depositar el *Lutin* en el fondo del dique de carena, y el domingo, 28, procedióse á la extracción de los cadáveres de los infelices naufragos, que fueron encontrados formando dos grupos ó más bien dos racimos humanos, porque permanecían estrechamente abrazados.

Los infortunados tripulantes del *Lutin* que perecieron en el cumplimiento de su deber, eran: el teniente de navío Fepoux, el alférez de navío Millot, los contramaestres Bourgés y Nicolás; los segundos contramaestres Ollivier, Maingault y Douval; los torpedistas Bellec y Ollivier; el timonel Dufau, y los segundos contramaestres maquinistas Bardane, Fortain, Sicher, Guezel, Monsarrat y Clairet.

La catástrofe del *Lutin*, que ha sido debida á una vía de agua, ha causado honda emoción en toda Francia. — R.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE ▶
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LAS SIGLAS

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

DATA DE 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Póngase y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES
R. St-Denis, 16

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN